

Guillermo Lora
el último
Bolchevique



2 ensayos
sobre el
líder del
Partido
Obrero
Revolucionario

Raúl Prada Alcoreza
Ricardo Zelaya Medina

El marxismo, como tuvo Lenin ocasión de recordarlo, analiza situaciones concretas. Los temas, dentro de tal hábito doctrinal, han de ser dados por la realidad, y es la realidad también la que debe darnos el camino a seguir, los métodos con los cuales interpretar y con los cuales luchar, así como nos alecciona acerca de las formas del fracaso y nos da las formas de la victoria.

(René Zavaleta Mercado, El poder dual en América Latina, 1973)

Índice

El aporte de Guillermo Lora y el trotskismo a la comprensión de la formación social boliviana

(Ricardo Zelaya Medina, comunicador independiente)

| | |
|--------------------------------------|----|
| LA LUZ DE PULACAYO | 5 |
| DIAGNÓSTICO TEMPRANO | 6 |
| REVOLUCIÓN Y PEQUEÑA BURGUESÍA | 7 |
| LA CUESTIÓN CAMPESINA | 7 |
| POLÉMICA CON RAMOS | 8 |
| EL CHOQUE CON LA CUARTA | 9 |
| LA RUINA DEL NACIONALISMO | 9 |
| POLÉMICA CON EL CHÉ | 10 |
| EL GRAN APORTE | 11 |
| EL COMBATE DECISIVO | 11 |
| DESPUÉS DE LA ASAMBLEA | 12 |
| LA POLÍTICA MILITAR DEL PROLETARIADO | 12 |
| LA ÚLTIMA BATALLA | 13 |
| EL TRANCE MÁS DIFÍCIL | 13 |
| AUTOCRÍTICA FINAL | 14 |

Marxismo de guardatojo

Raúl Prada Alcoreza

PRIMERA PARTE. ACCIÓN POLÍTICA

La singularidad de una versión 17

Miradas del marxismo de guardatojo 19

Boceto del marxismo de guardatojo 23

SEGUNDA PARTE. I

MAGINARIO Y NARRATIVA

Historia y narración 24

Narrativa e “ideología” 27

Caracterización de la revolución 29

La destrucción del ejército 33

Análisis de la narrativa histórica-política 35

¿Por qué hablar entonces de genealogía del poder y genealogía política? 38

TERCERA PARTE

ANÁLISIS DEL PRESENTE DESDE UNA MIRADA MACROHISTÓRICA

Crítica de la crítica. A propósito de la crítica de la economía política 40

A MODO DE CONCLUSIÓN 45

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 45

El aporte de Guillermo Lora y el trotskismo a la comprensión de la formación social boliviana

(Ricardo Zelaya Medina, comunicador independiente)

No es posible vislumbrar los alcances del aporte teórico e ideológico de Guillermo Lora al proceso político boliviano del siglo XX sin referirlo a ese vértice crucial en el ascenso revolucionario de los explotados que significó la experiencia de la Asamblea Popular de 1971, el primer soviét dirigido por el proletariado en la historia latinoamericana.

Inspirado políticamente por Lora y el Partido Obrero Revolucionario (POR), ante cuyos lineamientos trotskistas se inclinó la mayoría de los partidos de izquierda de aquel entonces, el soviét boliviano se proponía avanzar a la estatización de los grandes medios de producción, lo cual lo proyectaba como señaló repetidas veces el propio Lora hacia la dictadura del proletariado, en términos casi tan clásicos como los del bolchevismo ruso de 1917.

Pero la Asamblea inaugurada el 1ro de mayo de 1971 y truncada menos de cuatro meses después por un golpe militar preventivo enmarcado en la Operación Cóndor de matriz continental, no fue tan sólo una circunstancia histórica excepcional, sino el desenlace y validación práctica de un amplísimo trabajo político y programático previo desarrollado durante más de un cuarto de siglo por Lora y el POR. Un trabajo vaciado en la lucha de clases y alumbrado por la dilucidación teórica, siempre más nítida y acabada, de la formación social boliviana, su mecánica de clases, el tipo de revolución que le era pertinente, sus métodos de lucha y, lo más importante, la clase social llamada a acaudillar el proceso revolucionario.

Resultaría vano, entonces, evaluar aquel momento histórico clave, sin remitirse a estos precedentes teóricos y políticos, cuyo punto de partida se remonta veinticinco años atrás, a la aprobación de la llamada Tesis de Pulacayo, documento político-sindical de origen trotskista, que señala el comienzo de la larga lucha del proletariado boliviano y su afirmación como clase para sí, frente a la rosca minero-feudal, en principio, y al nacionalismo pequeño burgués y sus variantes militares, después.

El propio Lora advierte en sus últimos escritos, plasmados entre 2005 y 2008, que Bolivia atravesó su proceso de ascenso revolucionario más intenso y decisivo entre los años 1946 y 1971, para luego caer en un dilatado periodo de contrarrevolución profunda que, con altas y bajas, se estaría prolongando aun hasta nuestros días.

LA LUZ DE PULACAYO

La tesis sancionada en noviembre de 1946 en el distrito minero de Pulacayo, al Sudoeste de Bolivia, por un congreso extraordinario de la por entonces recién fundada Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) fue el primer documento trotskista de importancia aprobado en el seno la clase obrera latinoamericana y fue también el norte ideológico que condujo a los obreros bolivianos hacia la revolución nacional de 1952, la primera experiencia continental en que el proletariado derroca al Estado burgués, a pesar de que luego el triunfo le fuera arrebatado.

Concebido y redactado por Lora a sus 23 años aunque él siempre repitió que le fue dictado por los trabajadores mineros radicalizados, el documento tuvo la cualidad de caracterizar correctamente la formación social boliviana como *país capitalista atrasado, de economía combinada e integrante de la economía mundial*, lo que supuso un enorme salto respecto a otras interpretaciones menos estrictas pero más populares de ese tiempo, como la de país semi feudal, dependiente o semi colonial, en las que se confundía la izquierda.

En efecto, caracterizar a Bolivia como país atrasado pero interdependiente de la economía capitalista mundial equivalía a superar los rudimentarios tanteos teóricos del nacionalismo y el stalinismo, sobre la dependencia unilateral de los países de esta parte del mundo en relación con las grandes metrópolis, de la cual emanará su inmadurez para realizar otra revolución que no sea la democrático-burguesa, y, por lógica consecuencia, la impotencia del proletariado para realizar no ya su propia revolución, sino siquiera una política independiente de clase.

Asumir la formación social boliviana no como una isla petrificada de atraso insuperable, sino como elemento dinámico de un conjunto superior perfectamente maduro para la revolución socialista internacional, abrió,

por el contrario, la perspectiva de que una revolución dirigida por el proletariado no sólo era posible, sino la única viable para resolver las tareas democráticas que dejó pendientes la burguesía local, debido al retraso con que se incorporó al reparto mundial capitalista, razón que explica su debilidad y sometimiento al imperialismo.

Es, entonces, a partir de la *tesis* que los obreros bolivianos se incorporan con identidad y programa propios a la lucha de clases, esto es, a la lucha política, hasta realizar su primera revolución, enardecida y confiscada por la pequeña burguesía nacionalista, y, luego, tras superar aquel *impasse* histórico, desembocar en la Asamblea Popular, su órgano de poder propio.

En Pulacayo fue señalada la necesidad histórica de que la clase obrera, convertida en caudillo de la nación oprimida, conquiste el poder e instaure su dictadura. No se trataba de un enunciado abstracto, sino de una meta que debía ser lograda a través de la lucha cotidiana de los explotados (LORA, 1980: 1).

LA POLÍTICA DE LA PRAXIS

De este modo, el mérito de Lora no sólo consiste en haber sido el primero en anticipar teóricamente el proceso, sino en haberlo acompañado y concebido, desde un principio, como *praxis* política cotidiana. Es decir, no estamos frente a un erudito pensador de gabinete que teoriza a espaldas de las masas, sino más bien ante el militante marxista intransigente, cuyos desarrollos teóricos se construyen siempre sobre sus respuestas políticas a los problemas y necesidades planteados día a día por la lucha de clases y el desarrollo del proceso histórico.

No es casual entonces que las primeras luces teóricas aportadas por el líder trotskista hubieran tenido por escenario un congreso sindical obrero, o que Lora dijera que la *tesis* le fue “dictada” por los mineros. Ambos asuntos no son sino indicios de una *praxis* que anudaba, en un solo nexo dialéctico, la política marxista del partido revolucionario y las perspectivas señaladas por la lucha instintiva de la clase.

Es esta interrelación clase-partido la que hace posible que Pulacayo se traduzca en la experiencia de la revolución nacional de 1952, proceso en que la visión teórica de Lora y el POR alimenta y se alimenta de el empuje revolucionario de las masas bajo dirección obrera, al mismo tiempo que las insuficiencias fácticas de su propia relación les impiden rematar el proceso, obligándolos a cederlo a una clase social ajena, que no busca ni quiere la revolución, y acabará por reducirla y entregarla al imperialismo.

“Si bien los obreros se guiaban por las enunciaciones poristas, no estaban lo suficientemente maduros para comprender la urgencia de luchar por un gobierno propio” (LORA, 1963: 26).

El drama de Lora y el POR es el drama de la clase obrera, al igual que sus sueños, triunfos y derrotas, pues cada uno es parte inseparable del otro y no es posible explicar su existencia de manera separada.

Pero eso no implica que ambos sean lo mismo, o que piensen del mismo modo en todo momento. La derrota de abril, que es la derrota de un POR ideológicamente influyente pero todavía inmaduro para dirigir con solvencia a las masas insurrectas hasta su propio puerto, tiene entre sus efectos inmediatos un inevitable y momentáneo alejamiento de la clase.

DIAGNÓSTICO TEMPRANO

Es al comenzar este reflujo que en perspectiva no es sino un reacomodo cuando Lora lanza su certero diagnóstico sobre el destino del nacionalismo pequeño burgués que se adueña de la revolución de abril.

A despecho de las esperanzas, no sólo del propio nacionalismo sino de la nación entera que ha caído bajo su influjo, el pensador trotskista profetiza, apenas días después del levantamiento popular, que a pesar de su prédica radicalizada y antiimperialista, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) estaba condenado a concluir su ciclo político de rodillas ante a la metrópoli opresora.

El diagnóstico, recibido con hostilidad y hasta con desprecio entre la opinión pública en su momento, se cumplirá con exactitud casi matemática a través de un progresivo proceso de derechización del MNR, cuyo líder vitalicio, Víctor Paz Estenssoro, concluirá asociado al golpe militar derechista de 1971 y, luego, en 1985, en su cuarto mandato presidencial, como principal promotor de la introducción de las políticas de shock neoliberal a Bolivia.

Esta capacidad premonitoria de Lora se asienta no en sus excepcionales dotes como investigador de la historia sino, ante todo, en su convencimiento de que la estructura del país no admite experimentos que, como el nacionalista, pretendan conducirlo por la vía del desarrollo capitalista.

“Bolivia ya vive el capitalismo como un sistema rezagado, de poco desarrollo, consecuencia de su atraso, de su miseria. No existen posibilidades ni tiempo para que conozca un desarrollo capitalista integral y libre” (POR, 1974: 11).

REVOLUCIÓN Y PEQUEÑA BURGUESÍA

A la luz de estas mismas consideraciones adquiere nitidez la sentencia del líder trotskista sobre las limitaciones políticas de la pequeña burguesía intelectualizada que, como enseña el marxismo, es incapaz de desarrollar un programa de clase independiente.

La incapacidad ideológica y política de la pequeña burguesía es parte de su misma naturaleza clasista. Básicamente, corresponde al particularísimo lugar que ocupa dentro del proceso de la producción social, de donde proviene su casi ninguna significación económica (). A diferencia del proletariado, la pequeña burguesía () tiene intereses comunes con los emergentes de la explotación capitalista (LORA, 1963: 67).

La radicalizada dirección movimientista Lora recuerda que Paz Estenssoro, en su primer discurso presidencial desde los balcones del Palacio de Gobierno llegó a autoproclamarse marxista estaba, pues, condenada de antemano a elegir entre la política del proletariado y la del imperialismo.

La dirección pequeño burguesa concluye por detenerse a medio camino del proceso, en el preciso momento en que cree que sus intereses, extraños a los del proletariado, corren el peligro de ser contrariados por la avalancha proletaria, o cuando se encuentra ante el dilema de romper definitivamente con el imperialismo o de traicionar los objetivos nacionales (LORA, 1963: 69).

La irresolución del MNR no duró demasiado, apenas lo suficiente para apropiarse del proceso revolucionario y sus consignas para, a continuación, desnaturalizarlos y conducirlos a un callejón sin salida.

Para ilustrarlo, Lora denuncia, por ejemplo, la maniobra de la cúpula movimientista ante a la demanda obrera de estatización inmediata de la minería privada, sin indemnización, la cual fue reemplazada por una nacionalización de estilo burgués, zanjada a través de una comisión que analizó y dilató la solución del problema durante casi siete meses, para concluir en un acuerdo de indemnización en jugosas cuotas que terminaría por asfixiar a la minería estatal durante décadas.

A pesar de ello, al calor de discursos demagógicos y el reflujó de la ola revolucionaria, la medida fue recibida con entusiasmo por los sectores obreros y la clase media, que, para sentirse victoriosos, necesitaban ver en el MNR a su partido y en Víctor Paz Estenssoro a su libertador económico.

LA CUESTIÓN CAMPESINA

Momentáneamente alejados de la vanguardia minera y con escasa presencia entre las masas urbanas, Lora y el POR vuelcan en este punto su actividad y su reflexión teórica hacia aquel otro gran sujeto del proceso revolucionario: el campesinado que, si bien en un primer momento se había mantenido en actitud expectante, empezaba a incorporarse a la oleada de los acontecimientos con inusitada rapidez y violencia.

Un alud de ocupaciones de latifundios y haciendas, ocurrido entre 1953 y 1954 sobre todo en los departamentos de Cochabamba y Chuquisaca, y parcialmente en La Paz, Oruro y el norte de Potosí, encuentra a los militantes trotskistas a la cabeza de las principales acciones en demanda de tierras.

Cuando el gobierno de Víctor Paz logra aletargar al proletariado con su promesa de nacionalizar las minas en un futuro cercano, los campesinos expresan su desconfianza frente a todo plan gubernamental y demuestran, en los hechos, de que para ellos hay una sola forma de liquidar al latifundio: arrebatarle sus tierras por medio

de la acción directa (). Una gran parte de la tierra labrantía fue ocupada directamente por los explotados y la labor del POR se encaminó a acentuar en todo lo posible esta acción (LORA, 1963: 168-169).

No se trataba de un oportunismo ni mucho menos, sino de un trabajo planificado por los comités regionales poristas de Cochabamba y Sucre bajo la orientación de Lora, quien buscaba sin tregua penetrar en los

canales de movilización de los explotados, en un afán desesperado por recuperar la revolución para la propia revolución.

Y era, al mismo tiempo, la puesta en escena del libreto de Lenin y Trotsky sobre la alianza obrero-campesina como condición indispensable para la revolución en los países capitalistas de desarrollo rezagado.

Guiado por la experiencia bolchevique, el jefe del POR alienta el reparto negro de la tierra pero, en un esfuerzo por dotar al proceso de perspectiva revolucionaria, advierte al mismo tiempo que éste debe desembocar en la colectivización del latifundio bajo control de los sindicatos campesinos, en lugar de la minifundización individual e improductiva que traería meses después la Reforma Agraria movimientista, parcial y vaciada en cánones burgueses.

Pese a su ferocidad, el radical movimiento campesino no pudo llegar muy lejos, pues sería aplastado, a sangre y fuego, por el gobierno revolucionario del MNR, cuya aspiración consistía en realizar la reforma de manera ordenada y burocrática, destinada a crear una amplia clase de pequeños propietarios dispuestos a servir de contrapeso a la amenaza proletaria.

El gobierno movimientista () creyó de su deber contener la avalancha de la ocupación de la tierra mediante la violencia. Sencillamente se aplastó a bala, allí donde se pudo, la insurgencia campesina. El argumento que se empleó para encubrir la masacre y la persecución no fue otro que el que era preciso el orden y la ley para destruir al latifundio (). La alta dirección del MNR aún no ha rendido cuentas por la destrucción de toda una generación de dirigentes campesinos, y menos de su prostitución mediante la coima y el halago. (LORA, 1963: 169-170)

La amarga experiencia campesina del POR sirvió también para desmentir, una vez más, en el terreno de los hechos y al precio de vidas sacrificadas, la difundida fábula stalinista que acusa al trotskismo de despreciar el papel revolucionario de los campesinos.

Diez años después, en 1964, Lora ahondará más aún en el asunto, a través de la Tesis de Caranavi, aprobada por un congreso de campesinos de La Paz y Beni influido por los trotskistas, donde señala que la Reforma Agraria, que sólo afectó parcialmente a los latifundistas preservando buena parte de sus propiedades, no fue una medida revolucionaria, sino profundamente conservadora.

A través de la nueva tesis, que representa un salto en la evolución política del sector campesino, éste deja asentado que la única forma de alcanzar su liberación y la del país será su alianza con el proletariado, al cual reconoce la calidad de caudillo indiscutible del proceso revolucionario.

POLÉMICA CON RAMOS

La integridad marxista de Lora lo enfrentará más adelante a ideólogos de talla continental, como el argentino Jorge Abelardo Ramos, conductor de la llamada izquierda nacional, cuyo sarampión trotskista de juventud no alcanzó a inmunizarlo contra las tentaciones de los procesos nacionalistas del continente, de los cuales se constituyó en acérrimo defensor desde la izquierda, hasta terminar tristemente como funcionario del régimen corrupto y neoliberal de Carlos Saúl Menem.

En su debate con Ramos, Lora sostiene la tesis que es una generalización de su caracterización sobre Bolivia de que las burguesías de los países latinoamericanos son orgánicamente incapaces de desarrollar de manera consecuente políticas contrarias a los dictados del imperio, y que ese papel está reservado al proletariado, cuya lucha anticapitalista es la única genuinamente antiimperialista.

Se trata, en el caso boliviano, de un proletariado que, a pesar de su juventud y escasa presencia numérica, tiene la posibilidad de asumir en virtud de la posición que ocupa en el proceso de la producción como generador de la principal fuente de ingresos del Estado el rol de caudillo nacional, capaz de arrastrar detrás de su política y su misión histórica al conjunto de la nación oprimida.

Junto a Marx, Lora dirá que el proletariado es, por definición y a diferencia de la burguesía, el campesinado o la pequeña burguesía urbana, la única clase social que no tiene nada que perder con la destrucción del capitalismo, excepto sus cadenas y, para el caso de los países atrasados, las de toda la nación oprimida por el imperialismo.

De hecho, a la vieja discusión sobre cuál sería la contradicción fundamental en los países capitalistas de desarrollo rezagado si la que enfrenta a la burguesía con el proletariado, o la que separa al imperialismo del conjunto de la nación oprimida, el teórico boliviano responderá que, siendo las burguesías locales apenas

subsidiarias de las grandes metrópolis, la verdadera contradicción se da entre el imperialismo y el proletariado que dirige al conjunto de la nación oprimida.

EL CHOQUE CON LA CUARTA

Naturalmente, cuando habla de proletariado, Lora se refiere casi siempre al proletariado en trance de adquirir conciencia de su rol histórico o, lo que es lo mismo, organización político-partidaria. Así, gran parte de sus preocupaciones teóricas girará, una y otra vez, en torno a la construcción del instrumento revolucionario de clase, un saber que por otra parte, le fue siempre esquivo al trotskismo en escala mundial.

De allí derivarán sus constantes rupturas y desencuentros con los líderes de la burocrática y debilitada Cuarta Internacional posterior a la muerte de Trotsky, pues Lora concibe al partido no como una mera sección subordinada a los dictados cupulares de una organización suprapartidaria mundial, sino como una respuesta programática específica y relativamente autónoma a las particularidades de una formación social determinada.

Dicho en otros términos: no era suficiente para Lora reconstituir la Internacional trotskista burocráticamente y desde arriba, sobre la base de la mera adscripción de sus partidos integrantes al Programa de Transición redactado por Trotsky y sus estatutos. Se trataba, más bien, de que cada partido asociado cumpla el requisito de contribuir a tal reconstrucción con su propio programa nacional, para defenderlo, fortalecerlo y superarlo al calor de un amplio debate enmarcado en el centralismo democrático internacional.

Es esta visión divergente la que llevará al POR boliviano a su escisión más dolorosa e inesperada, a mediados de la década de los 50, cuando la cúpula cuartista dirigida por Michel Pablo y Ernest Mandel intenta obligar a los militantes bolivianos a desdecirse de una tesis redactada por Lora y aprobada en un congreso nacional partidista, y reemplazarla por otra enviada desde París.

A partir de entonces y por varias décadas, el POR se mantendrá alejado de las organizaciones trotskistas internacionales, lo cual, según Lora, perjudicó y retardó el trabajo político de su partido.

El curso que tomaron () las varias tendencias que infelizmente se reivindicaban del trotskismo fruto de una enorme división y subdivisión que comenzó en la década de 1950 confirma las razones que llevaron al POR a mantenerse al margen de las disputas sin principios, de nunca haberse integrado en profundidad al trabajo con esta o aquella fracción de la IV Internacional, y de haber sufrido el grave mal del aislamiento (DE CASTRO, 2015: 37).

LA RUINA DEL NACIONALISMO

Casi una década después, lapso de tiempo que cubre la incansable lucha de Lora y su partido por emancipar a las masas del control ideológico del nacionalismo y reconducirlas al carril de Pulacayo, el líder trotskista publicará, en 1963, el balance crítico de lo avanzado, en la que sería su obra más madura de todo el periodo: La revolución boliviana, a cuyos pasajes ya recurrimos acá varias veces.

Allí, Lora analiza, confirma y profundiza, bajo el lente que le proporciona la experiencia de la lucha de clases, la perspectiva trazada en la tesis de 1946: la revolución nacionalista ha concluido su ciclo, no por razones circunstanciales, sino porque las particularidades de la formación social le impiden avanzar más allá de las reformas inconclusas y terminan por arrojarla en brazos del imperialismo. No hay más espacio, en la historia del país, para un proyecto de desarrollo burgués y le corresponde al proletariado asumir las tareas pendientes que deja la burguesía, imprimiéndoles su propio sello en una revolución permanente, que combine sus propias tareas socialistas con las que el enemigo de clase ha dejado pendientes.

El discurso teórico está sustentado en la práctica por el más que evidente desencanto de las mayorías que, al calor de sus propias movilizaciones y la intransigente prédica trotskista, se alejan e independizan irremediabilmente del MNR y su promesa incumplida de desarrollo y liberación nacional. Es el proletariado el que asoma ahora como el nuevo conductor nacional.

El nuevo ascenso revolucionario de masas (), en su punto culminante, conducirá a la segunda insurrección, abriendo las puertas del poder al proletariado, en su condición de caudillo de la nación que hoy lucha contra el desgobierno del MNR. Este será el octubre boliviano. (LORA, 1963: 384)

Serán los mineros siempre los mineros quienes validen en la práctica el pronóstico teórico de Lora y marquen

la ruptura de la clase obrera con el nacionalismo en el XII Congreso Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), realizado en el distrito de Colquiri, en diciembre de 1963, cuya resolución

política declara al entonces presidente Víctor Paz traidor a los objetivos de la revolución, con lo cual, según historiador estadounidense James Dunkerley, el el MNR perdió sus lazos con la clase obrera organizada y, con ellos, sus últimas credenciales radicales.

Bajo un encabezado que reza La FSTMB debe colocarse a la cabeza del pueblo, la nueva tesis, claramente inspirada por Lora, señala:

Estamos evolucionando hacia un plano superior del ascenso. El grueso del proletariado se emancipa del control del partido pequeñoburgués y busca solucionar sus problemas recurriendo a sus organizaciones y a su propia fuerza (). La tarea política más importante del momento consiste en elevar al grueso de las masas al nivel de los mineros y convertir a la FSTMB en el líder del movimiento sindical, en dirigente de la nación revolucionaria (FSTMB, 1964:3).

Frente a ello, y debilitado en su posibilidad de controlar a las masas disconformes, el nacionalismo sometido a la metrópoli anticipa Lora engendra en sus entrañas a su variante más violenta: la dictadura militar restauradora, que llegará apenas un año después, en 1964.

POLÉMICA CON EL CHÉ

En esa misma época, el jefe del POR emprenderá una otra polémica, esta vez con los jefes de la revolución cubana, y sobre todo Ernesto Ché Guevara, cuya teoría del foco guerrillero alcanza ribetes de nuevo paradigma político-organizativo entre las agrupaciones revolucionarias del continente, pero choca con la concepción clásica del partido de estructura bolchevique y ligado a las masas que alienta el trotskismo boliviano.

No de manera personal, pero sí a través de diversos escritos publicados entre 1963 y 1972, Lora cuestiona la desesperación pequeñoburguesa y el paternalismo del Ché, quien en su criterio intenta suplantar el laborioso pero imprescindible proceso de construcción del partido revolucionario, que conduce a la acción consciente del proletariado a la cabeza de la nación oprimida, por el ejemplo aleccionador de un puñado de elegidos que actúa de espaldas a las masas:

El foquismo nace, vive y muere en los círculos pequeño burgueses, se alimenta de la desesperación suicida de los intelectuales que no han podido encontrar el camino revolucionario, no arrastra a la vorágine, ni consume, ni nutre a la clase revolucionaria. Si se nos permite una comparación, diríamos que la revolución hecha por las masas es como el incendio que hace trepidar los árboles y arrasa los montes; en comparación con ella, el foco armado es *sunchu luminaria* que apenas deja cenizas cuyo rescoldo muere ante las caricias del céfiro. (LORA, 1978: 6)

De nuevo, es la lectura de la formación social la que determina incluso las formas organizativas de la revolución, y no los afanes conspirativos de los revolucionarios. En la polémica, Lora reivindica el método de la guerrilla campesina, como auténtica creación de las masas, frente al foquismo aventurero que no sería sino su caricatura. En definitiva, son las masas, en su devenir histórico, las que crean sus propios métodos de lucha, y la tarea del partido revolucionario consistirá en aprender de ellos, generalizarlos y dirigirlos.

El choque ideológico adquiere trascendencia histórica hacia 1967, con la inesperada irrupción del comandante Guevara a la semidesértica selva del Sudeste boliviano, donde se bate entre un campesinado disperso y el desgano apenas disimulado del stalinismo local, mientras el POR trotskysta dirige políticamente la lucha de resistencia los centros mineros del país contra la dictadura gorila del general René Barrientos.

Conscientes de la valía del luchador argentino, y al margen de sus diferencias, Lora y los mineros trotskystas respaldan la iniciativa de donar a la guerrilla acorralada una jornada de los salarios de todos los trabajadores de la minería estatal, a través de un congreso extraordinario convocado de manera expresa, pese al ambiente represivo que domina el país. Apenas enterado, el gobierno militar truncará la peligrosa idea un día antes del congreso, con una masacre preventiva en regla.

Meses después, a la muerte del Ché, y en un texto definitivo contra los métodos de acción foquistas, Lora no dejará de testimoniar su admiración y respeto por aquellos que, a pesar de sus equivocaciones, tuvieron el valor de subrayar con sangre el compromiso con sus ideales.

EL GRAN APORTE

Este y otros debates coetáneos, en los que Lora y el POR irradian su visión histórica y teórica sobre el futuro del país, unidos a la asimilación de la experiencia nacionalista y la lucha contra su variante militar represiva, templan a la vanguardia revolucionaria que se concentra en las minas, conduciéndola hacia su propio momento histórico.

Llega así, en mayo de 1970, en medio de una agitada sucesión de regímenes militares de derecha e izquierda, el IV Congreso de la Central Obrera Boliviana (COB) organismo que reúne a todo el sindicalismo del país, incluido el campesino, cuya tesis política aprueba la línea de la lucha nacional inmediata por el socialismo y reconoce al proletariado el de papel dirigente natural en el proceso.

El documento trae como novedad el que será un nuevo aporte teórico decisivo de Lora: la teoría del frente revolucionario antiimperialista, bajo dirección política proletaria y de orientación anticapitalista, que supera, otra vez, la táctica stalinista del frente popular que desarrollan de manera mecánica e indiscriminada los partidos comunistas controlados por Moscú, y que invariablemente concluyen bajo el control de la burguesía. La *tesis socialista*, como se la conocerá luego, es la antesala de la formación del Comando Político de la COB y del Pueblo, en octubre del mismo año, que a su vez dará lugar, seis meses después, a la fundación de la Asamblea Popular, auténtica encarnación del frente nacional antiimperialista dirigido por la clase obrera.

EL COMBATE DECISIVO

Tanto en el comando como en la asamblea, Lora asume, a nombre de su partido y junto a la militancia trotskista de las minas, la responsabilidad de redactar y/o supervisar cada uno de los documentos y resoluciones que emiten ambos organismos, preservándolos de la tentación de apoyar las posturas izquierdistas del gobierno militar de turno.

Como nunca antes, el conjunto de la izquierda boliviana se somete, no siempre de buen grado, a las posiciones trotskistas, fortalecidas por el avance incontenible de las masas, sobre todo las que provienen de las minas. A iniciativa de Lora y sus mineros, la Asamblea adopta un estatuto que garantiza su dirección proletaria: 60 por ciento de sus delegados provienen de las minas, las fábricas y otros sectores obreros, mientras el 40 por ciento restante se divide entre los gremios de clase media, los universitarios, periodistas y los partidos políticos de izquierda. No se trata ya de un frente con la burguesía contra el imperialismo, sino de la unidad anticapitalista de las clases oprimidas bajo la dirección de la clase obrera.

Para evitar frustraciones, la Asamblea Popular debe estructurarse asignando a la clase obrera por lo menos el 60 por ciento de delegados en su constitución, como garantía y seguridad de que el proceso revolucionario no se detendrá ni desviará. En esta forma se expresa su condición de clase dirigente. (LORA, 1973: 47)

El destino de la revolución está en juego y Lora lo sabe. Ha llegado el momento de traducir la teoría en práctica, y el tiempo se agota velozmente.

Sin embargo, un cúmulo de obstáculos ralentizará la marcha de la *Asamblea*: la ausencia de un movimiento revolucionario continental que la respalde y la fortalezca, la incorporación excesivamente lenta y tardía de la mayoría campesina, el trabajo disolvente de los partidos de izquierda moderada en su seno, y la propia debilidad organizativa del POR, que, aunque guía el proceso ideológicamente, no consigue aún traducir su influencia en una organización física vigorosa, capaz de definir el curso de los acontecimientos.

La desigual carrera se definirá rápidamente en favor de la derecha reaccionaria, asesorada y firmemente organizada a nivel continental, mientras los revolucionarios bolivianos actúan por su cuenta y casi a ciegas, aislados del contexto internacional.

Este último aspecto es, según Lora, el que mejor explica la derrota:

El POR no pudo cumplir su tarea de consumir la revolución proletaria, esto cuando la realidad nacional le era favorable y logró afirmarse como dirección de las masas. Concluimos derrotados, junto a las masas de explotados y oprimidos; tuvimos que retroceder y el país fue empujado a la barbarie. ¿Por qué el poderoso movimiento popular boliviano pudo ser aplastado? La respuesta es concreta: fuimos derrotados por la debilidad extrema de la Cuarta Internacional. (LORA, 2008: 8)

DESPUÉS DE LA ASAMBLEA

Pero no sólo la experiencia del soviet boliviano y sus antecedentes, sino también sus consecuencias y perspectivas, traen aparejados otros significativos aportes de Lora, que se prolongarán hasta el año de su muerte, en 2009.

Nunca el proletariado boliviano estuvo tan cerca del poder, repetirá Lora una y otra vez en sus escritos sobre la Asamblea Popular, que se prolongan casi hasta el día de su muerte, en 2009.

En esta línea de reflexión, y en medio del periodo de inestabilidad política que sigue a la dictadura banzerista, Lora escribe, en abril de 1980, su Inviabilidad de la democracia burguesa, un golpe dirigido contra la izquierda boliviana democratizante, que pugna por embridar a las masas detrás de cálculos limitadamente electorales. Texto radical y definitivo, Inviabilidad establece que el único camino que le queda a Bolivia para superar su atraso y su pobreza es el de retorno a la *Asamblea*, pues la burguesía ha demostrado hasta el cansancio su incapacidad para dotar al país de un modelo de democracia y desarrollo, razón que la empuja recurrentemente hacia las formas dictatoriales de gobierno.

Atrapado entre la opresión imperialista y la ausencia de una clase media amplia y acomodada, el capitalismo de los países atrasados tiende, aun en sus periodos más democráticos, al presidencialismo puro y duro, donde la independencia de poderes y la acción de la justicia son apenas una ficción. Se trata, otra vez, de una determinación de las particularidades del atraso capitalista, que plantea al mismo tiempo la necesidad de una salida revolucionaria, sin lugar para medias tintas.

Apenas tres meses después de publicado, el texto quedó confirmado por un nuevo golpe militar que aplazaría los afanes democráticos por otros dos años, periodo en cual los trotskistas bolivianos encabezaron la resistencia popular, con la certeza de que, una vez que el ciclo nacionalista había llegado a su total caducidad y las débiles ilusiones democráticas alentadas por la izquierda carecían de sustento material, la situación apuntaba a desembocar en un nuevo ascenso revolucionario.

Con esta premisa, Lora regresa a sus preocupaciones organizativas y lanza el desafío a sus camaradas de convertir al POR en un partido de masas.

LA POLÍTICA MILITAR DEL PROLETARIADO

En la misma perspectiva y apoyado en la dura experiencia de la *Asamblea*, Lora afina y desarrolla la respuesta marxista al problema del armamento de las masas, condición imprescindible para una insurrección popular encabezada por el proletariado.

Era una falla de la *Asamblea* el no haber enfrentado este problema en el momento justo y con las medidas adecuadas, pues, de cara al golpe militar, las acciones de resistencia desarrolladas por los mineros, universitarios y otros sectores fueron rápidamente sometidas por el poder de fuego del ejército golpista.

Lejos de las posiciones foquistas que alientan la construcción de un pequeño ejército revolucionario bien pertrechado, Lora recurre nuevamente a las lecciones de la revolución bolchevique y señala que el verdadero armamento de las masas se encuentra en los cuarteles militares y que el proletariado está obligado a desarrollar una política específica hacia el sector castrense.

Decidido a sistematizar sus ideas sobre el tema, el líder trotskista publica en 1983 el texto Causas de la inestabilidad política y la crisis de las Fuerzas Armadas, donde señala que la clase obrera y su partido deben penetrar políticamente al Ejército, fracturar su cohesión ideológica y, llegada una situación insurreccional, ganar a una parte de la tropa militar hacia las ideas revolucionarias.

Como lo demostró la experiencia rusa y también la revolución boliviana de 1952, el ejército no es una estructura monolítica e inquebrantable, pues, al formar parte de la sociedad, es sensible a la influencia de la lucha de clases, señala Lora al advertir que, en el caso boliviano, esta vulnerabilidad es aún mayor, en la medida en el país no existe el ejército de casta que caracteriza a otras naciones, como Chile por ejemplo, sino uno marcado por la discriminación, la pobreza y el clasismo.

La publicación del libro dio lugar, por otra parte, a un hecho insólito en la historia política de Bolivia: Lora, probablemente el personaje más conspirativo de su tiempo, fue formalmente invitado en 1983 por un general de Ejército a brindar una conferencia en la Escuela de Altos Estudios Nacionales de las Fuerzas Armadas, donde un amplio grupo de oficiales de alto rango lo escuchó atentamente y lo despidió con aplausos.

LA ÚLTIMA BATALLA

Derrocada la dictadura, a finales de 1982, e instalado el gobierno nacionalista de izquierda de la Unidad Democrática y Popular (UDP), con participación del Partido Comunista, Lora librará la que será su última gran batalla política.

Una profunda crisis económica que se traduce en hambre e hiperinflación, la dura presión del Fondo Monetario Internacional que impone paquetes de medidas recesivas, el acoso de los partidos de derecha en el parlamento y la movilización de las masas, que rechazan el discurso oficial que demanda el sacrificio de todo el país, se anudan alrededor del gobierno burgués de la UDP, hasta convertirlo en uno de los más débiles e inestables que haya tenido Bolivia en la segunda mitad del siglo XX.

La agitación llega su cénit en marzo de 1985, cuando 12.000 obreros de la estatal Corporación Minera de Bolivia llegan a La Paz, sede de gobierno, para unirse en las calles a los universitarios, empleados públicos, fabriles y otros sectores, exigir mejores condiciones de vida y acorralar a un gobierno que, a esa altura, apenas se sostiene.

Tímida al principio pero cada vez más decidida, la consigna trotskista ¡Los obreros, al poder! gana terreno en las movilizaciones organizadas por la COB y la situación revolucionaria se hace cada día más evidente, mientras Lora escribe varios textos cuyos títulos reflejan las urgencias del momento: La insurrección, El papel contrarrevolucionario del Partido Comunista de Bolivia, ¿Es posible la revolución proletaria?, y muchos otros que emergen de una imprenta clandestina casi semanalmente.

En un encuentro con los mineros en las calles, Lora les dice que ha llegado la hora de que tomen el poder. Eso está muy bien. Pero, cuando tomemos el poder, ¿quién va a ser el Presidente?, le pregunta un obrero. ¡Ustedes, pues, ustedes!, le responde impaciente el jefe del POR. La respuesta, lógica en términos generales, no alcanza a ocultar sin embargo el viejo problema irresuelto: el POR tiene la dirección ideológica del ascenso revolucionario, pero no alcanza a traducir su influencia en un partido de masas, capaz de asegurar la victoria. Lora puede permitirse aportar, a la luz del marxismo clásico, un manual completo acerca de la insurrección; puede también demostrar que el Partido Comunista ha traicionado a los trabajadores sumándose a un gobierno burgués, y no le falta razón cuando señala que la única salida a la crisis es la revolución proletaria. Pero no ha podido resolver el problema de la organización de clase.

Llegada a su punto máximo, la movilización se desvanece y los mineros, incapaces de vencer las limitaciones de su propio desarrollo, retornan a las minas. Seis meses después, tras el acortamiento del mandato de Siles aprobado por la derecha en el Congreso, el neoliberalismo hará su ingreso triunfal de la mano del gobierno de Víctor Paz, el avejentado jefe vitalicio del MNR, para quedarse en el país durante 20 años.

EL TRANCE MÁS DIFÍCIL

La arremetida neoliberal se tradujo en la casi inmediata desintegración de la clase obrera, y particularmente de su sector más combativo, el de las minas, a través de una descomunal política de despidos y la flexibilización de las normas laborales, y, junto a ello, un profundo repliegue de Lora y su partido.

Amparado en una vertical caída de los precios internacionales de los minerales, el gobierno se empleó a fondo y puso en la calle a cerca a 20.000 obreros de la compañía minería estatal, símbolo de un cuarto siglo de luchas revolucionarias del proletariado, dejando a apenas 7.000 para sobrevivir a una precaria agonía, que aún se extiende hasta nuestros días.

Fue sin duda el trance más difícil en la vida del teórico marxista boliviano, que vio reducidos a la impotencia todos sus esfuerzos por detener la caída de la clase.

En el plano internacional, la Perestroika precipitaba apenas poco después el definitivo viraje hacia el capitalismo y posterior hundimiento de la Unión Soviética. Todo el mundo sobre el que edificaron su vida el jefe del POR y los políticos de su generación quedó trastocado definitivamente con el derrumbe soviético, que arrastró a casi todos los países llamados socialistas de retorno a la barbarie capitalista.

Entre 1985 y 1994, Lora escribió varios textos en los que explicó la debacle internacional como fruto de la política criminal del stalinismo y como la exacta confirmación de los pronósticos que había hecho Trotsky en la década de los años 30 sobre el destino del Estado obrero degenerado.

Roto el nexo vital con la clase, fue alejándose gradualmente de la vida política activa al tiempo que escribía más de 400 textos menores, en su mayoría de entre 24 y 40 páginas, acerca de los temas más diversos, entre

los cuales destaca su preocupación recurrente por los problemas organizativos del POR, la necesidad de reactualizar su programa, y las lecciones del proceso histórico.

A finales de 1994, con 70 años de edad, Lora emprende el proyecto editorial más ambicioso de su vida y al que dedicaría prácticamente el resto de sus días: la publicación de sus Obras Completas, que en su última edición alcanzan la notable cantidad de 70 tomos de 500 páginas cada uno.

AUTOCRÍTICA FINAL

Tres de estos 70 volúmenes, aquellos que corresponden a sus escritos de los años 2005 a 2008, fueron publicados de manera póstuma.

Textos breves, urgentes y por momentos repetitivos, de no más de 20 páginas cada uno, que reflejan el supremo esfuerzo de Lora por hacer un balance no de su vida personal, sino la de su partido y la de la clase a la que entregó su existencia a partir de su primer día de militante revolucionario, el año 1941.

De nuevo, el teórico trotskista aporta nuevas y cruciales reflexiones, esta vez sobre el que considera el problema fundamental para el desarrollo del proceso revolucionario: la transformación de la clase obrera en sí o instintiva, en clase consciente o para sí.

Según Lora, la mayor debilidad del POR y la más perniciosa durante el ascenso revolucionario de 1946 a 1971 fue el no haber comprendido y sistematizado de forma correcta el impulso instintivo de la clase obrera para transformarlo en organización y política consciente.

El instinto comunista señala Lora existe de manera potencial o duerme dentro del proletariado de manera permanente, pero sólo sale a la superficie, casi siempre de manera violenta, en los periodos de extrema agudización de la lucha de clases.

En tales momentos, el obrero abandona su habitual individualismo e indiferencia, para convertirse en un actor político colectivo, lúcido y radical, como ocurrió por ejemplo durante la toma de las minas privadas que ejecutaron los trabajadores mineros bolivianos a mediados de la década de los 40 del siglo pasado.

“Fue Siglo XX, a principios de 1946, el centro minero que, tras una huelga económica, avanzó hacia la ocupación de minas y la sustitución de las autoridades locales por los dirigentes del sindicato. Permanece en el misterio la fuerza poderosa que () empujó a la clase a actuar como dirección política, partidista y hasta como gobierno. Lo poco que se ha escrito sobre el fenómeno no llega a clarificar su naturaleza y proyecciones, que constituyen la quintaesencia del proceso histórico boliviano”. (LORA, 2007: 6)

La misteriosa fuerza, que no es otra que el instinto añade Lora, tiene sin embargo la desventaja de una duración efímera, pues desaparece y se sumerge en las profundidades de la clase apenas amaina la intensidad de la lucha de clases.

La mayor parte de los grandes éxitos del trotskismo boliviano, como la Tesis de Pulacayo o la misma Asamblea Popular explica, fueron posibles debido a estas explosiones instintivas de la clase, que actuaron como cajas de resonancia, y a veces más, de la prédica marxista del POR.

Sin embargo, advierte el pensador revolucionario, esta circunstancial correspondencia entre instinto de clase y política partidaria no fue suficiente para llevar al proletariado y su vanguardia hacia el cumplimiento de su finalidad estratégica o, lo que es lo mismo, la toma del poder.

Para ello, hubiera sido necesario el cumplimiento de otro requisito: la transformación del instinto comunista en política consciente, permanente; el paso de la clase en sí a la clase para sí de la que hablan los clásicos del marxismo, a través de la asimilación de los elementos más avanzados de la vanguardia obrera y su formación como militantes marxistas revolucionarios.

Uno de los mayores errores del POR fue no haber planteado ni resuelto el problema de convertir el instinto comunista en conciencia y política revolucionaria; es decir, el POR no formó a sus militantes (obreros) para dirigir a las masas hacia el poder. Pese a haber penetrado ideológicamente y organizado en células a los mineros por décadas, en 1971, el POR () no atinó a dar pasos decisivos hacia la dictadura y revolución proletarias, y las dubitaciones de su dirección llevaron a la derrota del movimiento. La raíz de este trabajo defectuoso, que se percibe ya desde la década de los 40, radica en que el POR abandonó la tarea de convertir el instinto comunista en conciencia (LORA, 2005: 10-11)

No se trata, como se ve, de una cuestión menor, sino nada menos que de la clave de la política revolucionaria del proletariado, y Lora no vacila en autocriticarse sin concesiones por no haberla comprendido con suficiente claridad, una claridad que no podemos saberlo con certeza acaso hubiera cambiado el destino de la revolución boliviana.

Queda, en todo caso, el formidable legado teórico y político del gran jefe del POR boliviano para las generaciones futuras, que sin duda tendrán que recurrir a él si no quieren recorrer dos veces el mismo camino.

BIBLIOGRAFÍA

DE CASTRO, Atilio, "El POR y la IV Internacional", Ediciones Masas, 2015, La Paz, Bolivia.

FSTMB, "Tesis de Colquiri", s/ed., 1964, La Paz, Bolivia

LORA, Guillermo, Bases de Constitución de la Asamblea Popular, citado en Historia del movimiento obrero boliviano, tomo VI, 1973, Ediciones Masas, La Paz, Bolivia.

LORA, Guillermo, La necesaria autocrítica, s/ed., 2005, La Paz, Bolivia.

LORA, Guillermo, La revolución boliviana, Editorial Difusión S.R.L., 1963, La Paz, Bolivia.

LORA, Guillermo, "Objetivo de nuestra lucha", s/ ed., 2007, La Paz, Bolivia.

LORA, Guillermo, "Retornar al marxismo", Ediciones La Colmena, 2008, La Paz, Bolivia.

LORA, Guillermo, Revolución y foquismo. Crítica marxista al ultra izquierdismo aventurero, s/ed., 1978, La Paz, Bolivia.

LORA, Guillermo, Tesis de Pulacayo / Introducción, Ediciones Masas, 1980, La Paz, Bolivia.

POR, "Programa del POR", Ediciones Masas, 1974, La Paz, Bolivia.

- ¹³ Prada Alcoreza, Raúl, *Acontecimiento político*. Rincón Ediciones; La Paz 2014. *Dinámicas moleculares*; La Paz 2014.
- ¹⁴ Prada Alcoreza, Raúl, *Genealogía del poder*. Qhana; La Paz 1992.
- ¹⁵ *Cincuentenario de la revolución del 9 de abril de 1952: Así fue la revolución*, Volumen 1. Beatriz, Lupe, Magdalenay Dora Cajías de la Vega, Movimiento Nacionalista Revolucionario Fundación Cultural Huáscar Cajías K., 2002. La Paz.
- ¹⁶ Pla, Alberto, *América Latina Siglo XX. Economía, sociedad y revolución*, Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1969., pp. 194 y 195.
- ¹⁷ Ídem, p. 193
- ¹⁸ Zavaleta Mercado, René, *Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)*, en *América Latina: historia de medio siglo*, Siglo XXI, México, 1986, p. 97
- ¹⁹ Ídem, pp. 97 y 98
- ²⁰ Pla, Alberto, op. cit., p. 199.
- ²¹ Zavaleta Mercado, René, op. cit., p. 99
- ²² Vazeilles, José, *La Revolución Boliviana de 1952. Síntesis explicativa sobre la Revolución Boliviana de 1952 para la cátedra Historia Social General, de la Universidad de Buenos Aires*. También, del mismo autor: *El Presente Histórico y la Historia Universal*, Manuel Suárez Editor, Buenos Aires, 2005. <http://es.scribd/doc/9199505/La-Revolucion-Boliviana-de-1952>
- ²³ Lora, Guillermo, *La revolución del 9 de abril de 1952*. Masas; La Paz, Bolivia, 1965.

Marxismo de guardatojo

Raúl Prada Alcoreza

En memoria de Guillermo Lora. Historiador intelectual marxista-trotskista, fundador del POR, además de militante, persistente crítico, y coautor de la Tesis de Pulacayo. Una vida dedicada a la revolución proletaria.

PRIMERA PARTE. ACCIÓN POLÍTICA

La singularidad de una versión

Llamo marxismo de guardatojo al marxismo minero boliviano; un marxismo que combina explosivamente la “ideología” marxista, en versión trotskista, y la intuición subversiva minera, de los hombres del socavón. Podríamos decir que se trata de un marxismo propio, que emerge de la experiencia de la lucha de clases, vivida desde las entrañas mismas del subsuelo, la manca-pacha. Como componente de este marxismo se halla la formación discursiva marxista-trotskista, constituida laboriosamente por intelectuales como José Aguirre Gainsborg, Tristán Marof, en sus balbucesos preliminares, y sobre todo Guillermo Lora, ya en su despliegue logrado. Es cierto que este marxismo boliviano deviene del marxismo mundial, con el aire universalista que le caracteriza y, sobre todo, después de las escisiones dramáticas y dolorosas de la Tercera Internacional. No se desconoce esta herencia histórica, de ningún modo, sino que se comprende que esta herencia se adecúa y actualiza, además de reinventarse, a su modo, en las condiciones históricas-políticas-sociales-económicas de la formación social boliviana. Esto es lo importante, sobre todo debido a su impacto en la formación de la conciencia de clase del proletariado minero boliviano.

Nos concentraremos en el papel del “ideólogo” del Partido Obrero Revolucionario (POR), Guillermo Lora, pues este militante marxista e historiador del movimiento obrero ha dejado huellas hendidas en la memoria de luchas del proletariado boliviano. Quizás su papel más destacado lo haya cumplido en la elaboración de la Tesis de Pulacayo; tesis de transición, en la perspectiva de la revolución permanente. Pero hay que interpretar su recorrido en el periodo intenso de la historia política boliviana de la revolución proletaria inconclusa, que puede recortarse desde la Tesis de Pulacayo (1946) hasta la Asamblea Popular (1971). Lo que viene después es como el periodo de retorno a cierta hegemonía barroca, fragmentada y mezclada, del populismo, en distintas versiones; por lo menos dos; la versión de la UDP y la versión del MAS.

Es indispensable interpretar de nuevo este periodo álgido e intenso, sobre todo sus huellas hendidas en las memorias sociales, pues se requiere hacer esto para comprender los espesores del momento, la coyuntura y el periodo actual, que caracterizamos de crisis del “proceso de cambio”, de la llamada “revolución democrática y cultural”, que no puede llamarse inconclusa, porque tampoco, en realidad, se inició, salvo el heroico prelude de la movilización prolongada (2000-2005). Lo que viene después es la segunda versión de una revolución populista, la primera fue la de 1952. La segunda versión viene como comedia, en comparación con la primera. La diferencia, por cierto importante, es la convocatoria indígena, la perspectiva de la descolonización, que hace, en realidad, de sustrato de la movilización prolongada. Esta convocatoria indígena tiene su propia historia, por lo menos, sin ir más atrás, desde los levantamientos pan-andinos del siglo XVIII; la guerra anticolonial y la lucha descolonizadora tienen también su propia historia, configurada en las proliferantes y plurales resistencias de las naciones y pueblos indígenas en el continente, en defensa de sus territorios, sus culturas y lenguas, de sus instituciones propias.

Ocurre que, no tanto por un azar histórico, dos líneas paralelas, que no se tocan, terminan por encontrarse en el tejido espaciotemporal-territorial-social curvo. La historia política proletaria, anticapitalista y antiimperialista, se encuentra con la larga historia de la guerra anticolonial de las naciones y pueblos indígenas, con las luchas descolonizadoras de estos pueblos; descolonización, ahora, interpretada claramente como anticapitalista y anti-moderna. Quizás el anticapitalismo indígena sea más profundo que el anticapitalismo proletario, pues es anti-moderno. La modernidad es la matriz y la cuna de donde emerge el capitalismo.

Debemos entonces retomar reflexivamente esta herencia de las luchas proletarias y las huellas hendidas en la memoria social, por la militancia de perfiles subjetivos y de acción tan sugerentes como los de Guillermo Lora.

Nació en Uncía en 1922; la experiencia minera no le era ajena y formó parte de su más próxima realidad. Estudió derecho en las universidades públicas de La Paz y Cochabamba, aunque no ejerció esa profesión. Se hizo militante marxista; esta fue su pasión, la lucha de clases. Sin embargo, aprovechó su formación universitaria para consagrarse a la escritura de crítica y combate. Ante todo, hay que reconocerlo como historiador minucioso, dedicado y disciplinado del movimiento obrero. No hay otro historiador como él. Polemista y crítico del discurso del nacionalismo revolucionario, y también de las otras versiones marxistas, sobre todo de las del Partido Comunista, que consideraba estalinista. Su estilo de escritura es directo, áspero, duro, y sobre todo claro y transparente. Como se dice popularmente, no se anda con vueltas.

En 1946 elaboró la Tesis de Pulacayo, en estrecha relación con los sindicatos mineros y la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia. Esta es la Tesis que es base de las Tesis de la COB, salvo la penúltima. La última intenta artificialmente retomar la tesis de la revolución proletaria; empero, no es más que una finta de una dirigencia sindical obrera comprometida hasta la médula en las cooptaciones clientelares populistas.

Luis Oporto Ordóñez dice:

El 8 de noviembre de 1946, la delegación de Llallagua presentó la tesis política del partido, al Congreso Extraordinario minero reunido en el centro minero de Pulacayo, cuyos delegados la aprobaron como Tesis Central de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia.

La Tesis de Pulacayo hace una lectura singular de la formación económica social boliviana, que Lora calificaba como de capitalismo atrasado y de economía combinada. Encuentra en el seno de sus contradicciones, la contradicción de nación sometida al imperialismo, combinada íntimamente con la contradicción del proletariado con la burguesía minera boliviana, con el conjunto de la burguesía, que caracterizaba como feudal-burguesía. De esta premisa no saca la conclusión que saca el PCB, de una revolución por etapas, al estilo estalinista, sino, más bien, siguiendo a Marx en sus escritos histórico-políticos, de revolución permanente; es decir, de una revolución que transita combinando la revolución socialista con el cumplimiento de las tareas democráticas burguesas, no concluidas por la clase dominante; que tampoco van a ser cumplidas por ésta, ya sea liberal. o aparezca después, en un discurso profuso, como nacionalista-revolucionaria. Es la alianza del proletariado con el campesinado, con las clases explotadas, la que tiene la potencia para cumplir estas tareas democráticas y combinarlas con la revolución socialista.

La Tesis de Pulacayo marcó el paso al debate del periodo histórico político en cuestión. Más aún, encarnó en el cuerpo del proletariado de entonces; en sus comportamientos y conductas, en sus gestos, en sus miradas, en sus discursos e interpelaciones. La concepción de la Tesis se hizo de materia de los argumentos del proletariado en sus luchas, incluso sin necesidad de aludir a su raigambre "ideológica", aunque los dirigentes sí lo sabían.

El marxismo boliviano, éste, el que se encarna en el proletariado minero –no hablamos de otras versiones–, es un marxismo de socavón, un marxismo de guardatojo. Esta peculiaridad es profunda, además de ser singular. Hablamos de un modo de concebir el mundo, desde la perspectiva honda que da la oscuridad luminosa del socavón minero. De un modo de arrojarse a la lucha, a la predisposición por el gasto heroico. En Bolivia se ha conocido esto como el coraje minero. En el caso de Lora, que es el teórico de este marxismo de guardatojo, es la manera áspera y dura de construir conceptos, de crear una estructura conceptual. Se puede decir, metafóricamente, y no por eso es menos verdad, que son las manos callosas y férreas del minero las que escriben esa narrativa marxista boliviana. También es un amor y apego a su verdad, devenida de la experiencia de la explotación y de la memoria dramática de sus luchas. Por eso mismo, no es indulgente, si no, más bien, tajante, cuando se tiene que polemizar con los contrincantes.

El periodo en cuestión es un periodo de hombres rudos. Esto también se hace sentir, se irradia, expresándose abiertamente en el discurso, en la escritura, en la elocuencia marxista boliviana. Lora es un teórico rudo; un militante disciplinado y exigente, un maestro en la formación de militantes, a la vez riguroso y cordial. No ha sido querido por muchos contrincantes, sobre todo marxistas de otras versiones, precisamente por ser como era: áspero, directo, nada indulgente. Salvo los teóricos y escritores críticos, dedicados a auscultar la forción

social abigarrada boliviana, a hacerla inteligible a la interpretación, como René Zavaleta Mercado, quien reconocía el valor de su producción histórica y política, y le llamaba cariñosamente “El Fiero”. También Marcelo Quiroga Santa Cruz reconoció públicamente el gran aporte de Lora a la historia del movimiento obrero, en un debate que tuvo con él en una asamblea polémica, en la UMSA. La mayoría de la militancia de base e intermedia de los marxismos contrincantes se dedicó a descalificarlo, sin haberlo leído. O los pocos que lo leyeron prefirieron dejarse llevar por los prejuicios partidarios antes que valorar la obra, que forma parte de las singulares experiencias del pueblo boliviano y de la memoria de sus luchas.

No se trata, de ninguna manera, de hacer apología de Guillermo Lora, como hacen los militantes del POR, sino de comprender la asombrosa formación “ideológica” de este marxismo de guardatojo, cuya particularidad es esa composición explosiva entre intuición subversiva minera y discurso marxista rudo. Particularidad que, además, y esto es parte del asombro, quizás la seducción, tuvo la virtud de encarnarse en el proletariado minero.

Lo que importa entonces es comprender el acontecimiento de este marxismo de guardatojo, que también llamaremos marxismo propio. No interesa ahora discutir o criticar este marxismo, cuyo valor histórico es haber encendido en las minas la interpretación histórico-política de la lucha de clases, darle esa elocuencia universal en la que se expresa el marxismo. Distinto es debatir con las versiones contemporáneas del trotskismo que, a diferencia de aquél trotskismo, no arraigan en el proletariado, sino en grupos dispersos de universitarios y profesores. Por más dedicación que le den a su militancia, el hecho de su distanciamiento en la formación del proletariado, los aleja del sustrato más importante del marxismo, la experiencia proletaria. Por otra parte, el que se hayan detenido a rumiar los libros de Lora, sin sacar las consecuencias políticas y conceptuales en el nuevo periodo que toca vivir, con cambios en la estructura de la lucha de clases, los convierte en repetidores anacrónicos, en una coyuntura que no comprenden.

La comprensión de la formación social boliviana de su tiempo le venía a Lora de su experiencia minera, pero también de su intuición subversiva, singular en su persona, apoyada con su formación marxista. He ahí su autenticidad. Por eso pudo hacer inteligible la formación social de su tiempo, en la medida que la experiencia daba el horizonte, en la medida que la propia mirada alcanzaba. Y llama la atención ahora que los marxistas contemporáneos, no sólo trotskistas sino los llamados estalinistas y otros marxistas independientes, así como alguno que se cree el último marxista solitario, no digan nada sobre la formación social boliviana actual, no hagan inteligibles sus estructuras inherentes. Matizando y salvando las diferencias, dicen poco. No incluimos en este conjunto al marxismo gramsciano, que por sus propios desplazamientos teóricos respecto al marxismo ortodoxo, se ha convertido en una fuente innovadora del marxismo crítico, sobre todo cuando se trata de buscar nuevas interpretaciones para formaciones sociales abigarradas y contingentes, como las que aparecen en las periferias del sistema-mundo capitalista y en los centros de este sistema; abigarramientos ocasionados por las migraciones y la manifestación pluricultural de sus orbes. Sin embargo, hasta este marxismo crítico y de apertura ha quedado corto, frente la experiencia desbordante de los movimientos sociales anti-sistémicos contemporáneos, que han abierto otros horizontes de visibilidad, de decibilidad y de perceptibilidad, que corresponden a la apertura sensible e inteligible a la complejidad.

Así, esta herencia, la del marxismo de guardatojo, a la que no debemos renunciar, forma parte de la memoria social de las luchas, actualizada en la contemporaneidad de la guerra contra el sistema-mundo capitalista, y del imperio en su ciclo vigente de dominancia financiera y destrucción expansiva del extractivismo. Así, recorreremos los tejidos de otra interpretación de este marxismo de guardatojo, en lo posible desde la perspectiva de la complejidad.

Miradas del marxismo de guardatojo

Empecemos con la mirada que tiene este marxismo de guardatojo de la revolución de 1952. La pregunta es: ¿Bolivia de 1952, revolución inconclusa o revolución nacional-popular? En Paradojas de la revolución, escribimos:

Agustín P. Justo, conocido como Liborio Justo, así como por su nombre de guerra, “Quebracho”, escribió La revolución derrotada, refiriéndose a la revolución boliviana de 1952. De acuerdo a la teoría de la revo-

lución permanente, las revoluciones proletarias y donde interviene el proletariado, deben concluir en una revolución socialista. Entonces, desde la perspectiva de la teoría, la revolución de 1952 es una revolución inconclusa, pues no ha devenido socialista. El “paradigma” para hacer esta interpretación de lo acaecido con la insurrección de abril de 1952 es la revolución rusa de 1917. El paradigma no solamente contempla la transición, la conversión de la revolución democrática en una revolución socialista, sino también, el papel protagónico del partido del proletariado. Basándonos en lo que dijimos más arriba, esta interpretación corresponde a la exégesis de la voluntad revolucionaria. No vamos a caer en la discusión, también maniquea, de si esta interpretación es “subjetiva” u “objetiva”, realista o utópica, pues, ¿en qué teoría, en qué ciencia, en qué interpretación, en qué “representación”, no interviene el “sujeto”? La “objetividad”, como dice Karl Popper, es un acuerdo intersubjetivo. La interpretación por la voluntad revolucionaria es una forma de saber, una de las formas del saber activista. El activismo accede a la “objetividad”, mejor dicho, construye la “objetividad”, hegelianamente hablando; es decir, la construcción del concepto, por intervención de la acción. Se trata de un saber que logra un conocimiento de mayor profundidad, que el conocimiento pretendidamente alejado del compromiso, hablamos de la pose de “neutralidad”, pues accede a palpar, a la sensibilidad, de las dinámicas sociales. Si bien este saber activista emplea la teoría voluntariamente o, si se quiere, produce una teoría voluntarista, la acción que desprende no está exenta de teoría. El problema no es éste, sino, que determinado tipo de saber activista, teleológico, ha transferido la voluntad, el deseo, proyectándola en la conjetura de la astucia de la razón, de las leyes de la historia, ocasionando, paradójicamente, algo inverso a lo que se buscaba. Se anula o inhibe la capacidad creativa de la voluntad, pues se actúa según las leyes “objetivas” de la historia.

Liborio Justo forma parte de los entusiastas intelectuales bolcheviques, en su caso, viniendo del PC y después convertido al trotskismo, que se impresionan con la insurrección armada boliviana, con la destrucción del ejército y con la existencia de las milicias obreras y campesinas. Por lo tanto, desde su punto de vista las condiciones “objetivas” de la revolución socialista estaban dadas. Lo que ha fallado son las condiciones “subjetivas”; el partido revolucionario, no ha podido ayudar a pasar al proletariado de la consciencia en sí a la consciencia para sí. Se trata no sólo de un discurso teleológico, sino de una evaluación voluntarista que busca las fallas en la “ingeniería” insurreccional, en la “ingeniería” bolchevique. De ninguna manera se trata de descalificar estos discursos, ingresando, por otro lado, al esquematismo maniqueo, sino de comprender su episteme, su formación enunciativa, así como también, sus prácticas de poder.

El antecedente de la revolución de 1952 es la guerra civil de 1949; cuando en Chuquisaca, Potosí y en Oruro, sobre todo en estos últimos departamentos, se organiza una insurrección contra el gobierno del pacto oligárquico y del PIR, que había derrotado al general nacionalista Gualberto Villarroel, que gobierna desde 1943 hasta 1946. Participan en la guerra civil militantes del POR, la parte de izquierda y obrera del PIR y el MNR, que había sido desplazado del poder, con la caída del gobierno nacionalista que apoyaba. La insurrección termina en una represión incruenta; se dice popularmente, que en Potosí faltaban los faroles para colgar a los insurrectos.

En 1951 se dan las elecciones nacionales, donde votaban sólo hombres; propietarios privados e ilustrados; incluyendo a “clases” medias y artesanos. El MNR gana las elecciones. Como respuesta a esta victoria electoral, la oligarquía responde con un golpe militar, instaurando una junta, a la cabeza del general Ballivián, que desconoce los resultados electorales, impidiendo que el MNR asuma el gobierno. Ante esta violación de derechos y vulneración de la democracia, el MNR decide conspirar y preparar un golpe militar, involucrando al ministro de gobierno, general Antonio Seleme. Cuando estalla el golpe, el 9 de abril, que implica a la policía, la reacción del gobierno es inmediata, moviliza al ejército, y el golpe comienza a ser derrotado. En su desesperación el MNR convoca a los sindicatos, los que responden inmediatamente, salen a las calles a luchar. Los obreros en Villa Victoria combaten heroicamente al ejército, los mineros de Milluni se descuelgan de la ceja de El Alto y toman la ciudad de La Paz. Los mineros de Oruro toman los caminos, así como la ciudad, cortando la posibilidad de la llegada de refuerzos a la sede de gobierno desde el sur. En tres días de combate se vence al ejército. Varios cuarteles se rinden; por último, los cadetes del Colegio Militar de Irpavi terminan rindiéndose a los comandos de Juan Lechín Oquendo. El golpe militar se transformó en una insurrección victoriosa.

Éste es el referente del debate del periodo intenso. A partir de este referente y de su interpretación, se dividen las posiciones políticas de las corrientes marxistas. Dibujando esquemáticamente los contornos del debate, se puede decir que: los partidarios de la revolución por etapas consideran que la revolución democrática se ha dado, y lo que hay que hacer es aplicar un programa mínimo, aunque se esté en la oposición al partido nacionalista gobernante; en tanto que los partidarios de la revolución permanente consideran, con distintas tonalidades, que la revolución ha quedado trunca. Sin embargo, lo que parece que no puede negarse es que fue una revolución del proletariado armado, minero y fabril; proletariado levantado en armas, de los centros mineros y de las fábricas de la ciudad, los de Villa Victoria. Aunque la “ideología” hegemónica en el pueblo no fue la “ideología” del marxismo de guardatojo, que era hegemónica en el proletariado, no solamente minero. Fueron los sindicatos armados los que vencieron al ejército. Como dice Sergio Almaraz Paz, el pueblo insurrecto encontró en la calle al MNR y se lo llevó de los cabellos al Palacio Quemado.

Esta mezcla, este entrelazamiento abigarrado, es lo que se tiene que desentrañar. ¿Por qué una insurrección obrera victoriosa termina en manos del MNR, que había conspirado, más bien, un golpe de Estado, contando para esto, además de sus destacamentos armados, con la policía, y esperando la anexión de cuarteles disidentes del ejército? La conspiración del MNR, el golpe de Estado, fue derrotado; lo que derrotó a la “rosca minera”, al “super-Estado minero”, fue la insurrección popular. Y Lora considera que las masas no estuvieron a la altura del programa revolucionario; en otras palabras, a la altura de la consciencia de clase. Esta interpretación ha sido discutida largamente; propiamente, por los disidentes del POR; empero, de una manera rápida y provisional, con el objeto de descalificar. No se trata de defender esta apreciación, estamos lejos de ello; hacemos hincapié en la provisionalidad del debate, que no se detiene a reflexionar sobre este decurso de la revolución, que muestra precisamente aquí sus entreverados tejidos.

Quizás la respuesta más sugerente se encuentre en la apreciación opuesta de los trotskistas disidentes del POR, después del fracaso de la Asamblea Popular; dicen que el POR no estuvo a la altura de las masas. Esta respuesta, de por sí sugerente, ha quedado sin embargo ahí, no ha sido trabajada. Ha quedado como eslogan para desacreditar al POR; pero no se ha ahondado en el análisis de un tema tan intrigante. No buscamos ahora dar nuestra versión, que se encuentra en Acontecimiento político, sino de comprender cómo se conformaron las narrativas políticas de entonces, cómo funcionaron los imaginarios, los discursos, las prácticas militantes.

Sólo diremos que lo que pasó tiene que ver con las fuerzas, la correlación de fuerzas, los campos de fuerzas. El decurso y la incidencia de un proceso no dependen del programa, por más claro que sea, ni de la voluntad, por más entregada que sea; no depende de la razón, en este caso histórica, sino de la correlación de fuerzas. Sin pretender ahondar la discusión sobre estas condiciones y circunstancias primordiales, solo diremos que el POR no tuvo las fuerzas suficientes como para incidir en el decurso de los sucesos. Lo que nos interesa, como ya lo dejamos claro en escritos anteriores, no es la verdad del POR, tampoco la verdad de los otros, menos la verdad del nacionalismo-revolucionario. Para nosotros la verdad es un constructo religioso. Nos interesa responder a la pregunta: ¿si el POR ha sido influyente en la formación de la consciencia de clase del proletariado minero, por qué ha tenido tan poca incidencia en el decurso de la revolución?

Ciertamente no se puede olvidar la táctica del entrismo de un grueso de militantes trotskistas al MNR, partido entronado por la revolución victoriosa. Entrismo que no tuvo los efectos esperados por la táctica, dividir al partido popular y formar un gran partido de masas revolucionario. Este hecho de desagregación del partido obrero explica parcialmente lo ocurrido; la falta de fuerzas para incidir en el decurso de la revolución. Falta comprender la mecánica y dinámica del proceso en cuestión, lo que llamamos las dinámicas moleculares de la lucha de clases. Por otra parte, lo que ha pasado en Bolivia también ha pasado en otras revoluciones; el perfil y la forma de lo ocurrido parecen mostrarnos ciertas regularidades. Las masas insurrectas, que hacen la revolución, no controlan los dispositivos que inciden en los decursos de los procesos. Después de la revolución victoriosa, la gran maquinaria de dispositivos es el Estado; es el gobierno “revolucionario” el que puede incidir en el decurso. El MNR no contaba con un programa revolucionario, tampoco contemplaba ni la nacionalización ni la reforma agraria; estas medidas soberanas y democráticas las impusieron obreros y campesinos en armas. El gobierno tuvo que acatar estas decisiones colectivas; las milicias insurrectas se encontraban todavía irradiadas por el fuego de la victoria.

Este fragor, este ímpetu, esta irradiación, no duran mucho; mas bien, después de la victoria, tienden a calmarse, a opacarse. En otras palabras, las masas tienden, de nuevo, al conformismo que les caracteriza en tiempos de paz. No es pues desatinada la interpretación de Lora, como concluyen sus contrincantes disidentes. El problema está en otra parte; en concebir al proletariado como un sujeto homogéneo, el concebir su consciencia de clase, lograda con la aprobación de la Tesis de Pulacayo, como única, cuando las subjetividades son abigarradas y complejas en los espesores sociales del proletariado. Se trata de comprender que la propia teoría puede jugar una mala pasada a militantes dedicados y formados. Los límites de la teoría no permiten ver estas complejidades y, por lo tanto, impidieron también actuar adecuadamente en consecuencia.

Y no se le puede endilgar al POR una falta de constancia; todo lo contrario, son ejemplo de constancia, incluso de consecuencia. El problema no está en la dedicación de los militantes, muchas veces sacrificada y asombrosamente heroica, como el caso de Ascencio Cruz. El problema parece encontrarse en la congruencia y conectividad con la estructura de la complejidad de un momento dado, el de la crisis, el de la disponibilidad de fuerza. No se trata de tener razón, aunque esto ayude, sino de la capacidad de incidencia en las cuerdas de un proceso; si se quiere, se trata de la empatía corporal con la complejidad de ese momento. Puede ocurrir esto, darse esta empatía con el momento, sin tener consciencia de ello, como le pasó al MNR; puede ocurrir como en la Rusia zarista en crisis y en debacle, cuando los bolcheviques, aprovechando la situación de crisis, de derrumbe estatal, contaron con la congruencia con la complejidad del momento. Aunque no fueron los únicos, pues estaban también los mencheviques, los socialistas radicales y los anarquistas. Sin embargo, fueron más audaces que todos ellos.

Ciertamente no se le puede pedir al MNR que incida en el decurso de la revolución, conduciéndola al socialismo; el MNR no era un partido socialista. Sin embargo, tenía congruencia y empatía con el grueso del pueblo. No era consciente de ello, en el sentido del por qué, de saber cuáles son los mecanismos y engranajes de esta congruencia y empatía; pero, lo sentía. Actuó, no tanto en consecuencia del programa que terminó enarbolando, el de las nacionalizaciones, pues su gobierno fue el principal desarticulador y desarmador de estas nacionalizaciones, sino en consecuencia de la costumbre política, por así decirlo, inherente a los populismos: la gubernamentalidad clientelar.

La revolución estaba echada a su suerte, una vez que las fichas se colocaron en el tablero. El gobierno, que gozaba de mucho prestigio y legitimación, idolatrado por los campesinos, quienes recibieron la tierra por la reforma agraria, contaba con el aparato de Estado para fortalecerse, reorganizarse, rearmarse, sobre todo rearmar al ejército, para equilibrar las fuerzas frente a las milicias obrera y campesinas; después, para sobrepasarlas. Del otro lado, una "izquierda" sin fuerzas, desbordada por la plebe impoluta. El POR, mermado por el entrismo, bajo la conducción de Guillermo Lora, solo atinó a esclarecer las contradicciones inherentes al gobierno nacionalista-revolucionario, inherentes a una revolución inconclusa. Quizás no había fuerzas para otra cosa, además de la claridad teórica, dadas las circunstancias y los límites de la teoría misma.

Volviendo a Paradojas de la revolución, escribimos:

La pregunta que atormenta a los bolcheviques, sobre todo trotskistas, no sólo del POR, sino también los voluntarios que llegan a Bolivia a apoyar a la COB, principalmente argentinos, es: ¿Por qué los proletarios no tomaron el poder si el ejército estaba destrozado, la policía era extremadamente débil como para contener a las milicias obreras y campesinas, además de que eran los milicianos mineros los que cuidaban las puertas del palacio quemado? ¿Qué les costaba subir un piso, de la puerta, del primer piso, donde se encontraban armados, al segundo piso, donde se encontraba la silla presidencial? Esta pregunta ha sido respondida de varias maneras; dos son sintomáticas. La que dice que la revolución ha sido derrotada, que es lo mismo que decir que ha quedado inconclusa o ininterrumpida. Y la que dice que la consciencia del proletariado estaba retrasada, era solamente economicista y no política. La primera es la hipótesis de Liborio Justo, la segunda es la hipótesis de Guillermo Lora.

Respecto a estas hipótesis las preguntas son: ¿Una revolución, cuando estalla, está predestinada a convertirse en revolución socialista? ¿No hay otras vías posibles? ¿No es que la revolución es la manifestación catártica de la crisis del poder, estructura de dominaciones que renace, como el ave fénix de sus cenizas,

resolviendo su crisis, incorporado a los “revolucionarios” a su seno?

Si comparamos la magnitud del trabajo organizativo y de formación de los bolcheviques rusos y lo desempeñado por los bolcheviques bolivianos, vemos que hay grandes diferencias. Los bolcheviques bolivianos se contentaron con aprobar la Tesis de Pulacayo, exagerando un poco, para ilustrar, y esperar que, después de esta gran “verdad”, de esta revelación histórica, los acontecimientos se sucedan, de acuerdo a la dialéctica de la historia. Empero, aunque lo que acabamos de decir, sea una constatación descriptiva, un tanto anecdótica, no explica ni resuelve el problema planteado. Desde una perspectiva mayor de los saberes activistas, de lo que se trata no es de subsumir la “realidad”, es decir, el acontecimiento, a la teoría, sino de reconocer, en la pluralidad de singularidades del acontecimiento, el campo de posibilidades y actuar en el juego de las mismas como una posibilidad más. Esto equivale, en lenguaje marxista, al conocimiento de lo concreto, como síntesis de múltiples determinaciones; a comprender la lógica específica del “objeto” específico. Por lo tanto, idear estrategias adecuadas no solamente al momento histórico, sino a la composición singular de fuerzas y procesos que hacen a una coyuntura, a un contexto, a una formación social dada, en un espacio-tiempo determinados. Los bolcheviques terminaron atrapados en su “verdad”, la cual debería verificarse en el decurso de la historia. Lo increíble es que, cuando no se verifica esta “verdad”, tampoco la revisan, no hay autocritica, al contrario, la mantienen incólume, inventando hipótesis ad hoc para explicar las anomalías.

Después de la ruptura con los entristas, Lora se dedica a reorganizar el partido, a la formación de la militancia, al trabajo arduo con las células mineras. También a escribir caracterizando al MNR, al gobierno nacionalista y al proceso regresivo de esta revolución, además de polemizar con el resto de la izquierda. Lo que dijimos, de que los bolcheviques esperan que se cumplan las leyes de la historia, es parcialmente aplicable al POR, pues el partido se prepara para la revolución, para continuar las tareas de una revolución inconclusa, que no puede sino ser permanente. El partido crece, se fortifica, forma militantes, participa en los congresos; no deja de tener influencia “ideológica”; pero su influencia ya no es tan impactante como cuando la Tesis de Pulacayo. Tiene la competencia, si bien no “ideológica”, sino más bien organizativa, del PC. Entonces, su influencia termina siendo constante en la “ideología” del proletariado, pero su control sindical es mermado por la eficacia organizativa del PC.

Boceto del marxismo de guardatojo

El marxismo de guardatojo es el marxismo minero boliviano. No es tan fácil decir cuándo nace ni cómo exactamente, pues le anteceden muchos nacimientos; el nacimiento del marxismo mismo, en sus propias fuentes, Marx y Engels; después, el nacimiento del marxismo-leninismo, con la Tercera Internacional; a continuación, el nacimiento del marxismo crítico, con la Escuela de Frankfurt; y no podemos olvidarnos del marxismo gramsciano, el de la teoría del bloque histórico, de la articulación inmediata de lo que se llamaba, metafóricamente, estructura y superestructura, que viene a ser otra versión del marxismo crítico. Sin pretender ser exhaustivos, no podemos dejar de mencionar los fundamentos del marxismo andino, que se halla en José Carlos Mariátegui; después, en el marxismo latinoamericano, que se enuncia como Teoría de la dependencia. En esta profusa proliferación de versiones marxistas, que se enfrentan a formaciones sociales singulares, aunque pronunciando analogías, expresan también diferencias, que las hacen distintas. No siempre las corrientes marxistas han reconocido estas diferencias como cruciales para hacer inteligibles estas formaciones y desarrollar interpretaciones también singulares. Quizás la única excepción sea Mariátegui, con su específica interpretación de las formaciones sociales andinas. Mariátegui desplaza la interpretación marxista; es decir, produce una nueva interpretación intensa, teniendo como referente la persistencia de la colonialidad en los Andes. El desplazamiento se produce desde la mirada indígena, la cuestión colonial, crucial para comprender las formaciones sociales latinoamericanas. El marxismo latinoamericano de la Teoría de la dependencia tiene la virtud de haber desplazado la interpretación marxista desde su núcleo del concepto de modo de producción capitalista hasta el concepto integral y complejo de sistema-mundo capitalista.

¿En este mapa de recorridos de las versiones marxistas, dónde se encuentra el marxismo de guardatojo? Por las características de su discurso y de su “ideología” marxista, marca su distancia con el marxismo andino de Mariátegui; si bien considera la cuestión indígena, lo hace como prolongación de la tesis proletaria; en todo caso, el tópico y la temática indígena no es un problema que modifique su mirada obrerista. El marxismo

de guardatojo parte de la experiencia de lucha del proletariado minero boliviano; proletariado que expresa nítidamente un comportamiento más ligado al anarco sindicalismo, por sus tradiciones de lucha. Ésta es la razón por la que, a pesar de la influencia “ideológica” trotskista y del papel del POR en la formación de la conciencia de clase, fue la COB la organización matriz del proletariado boliviano, el consejo colectivo de los trabajadores y expresión del poder dual. No fue el partido, trátase de cualquiera de los dos partidos marxistas importantes ligados a la organización del proletariado, el POR y el PC.

No se podría comprender el acontecimiento político e “ideológico” del marxismo de guardatojo si nos circunscribimos solo a las formas de expresión elaboradas, teóricas, políticas e ideológicas; es menester abrirse a las formas de expresión no elaboradas, a las subjetividades, imaginarios, comportamientos y conductas del proletariado minero, para poder abordar la ecología en la que germina y emerge este marxismo de guardatojo.

En los campamentos mineros había una atmósfera habitada por la memoria de las luchas, en la cual resonaban las certezas del proletariado de los socavones; certezas sobre la conciencia de que la economía boliviana se asentaba en sus hombros. Este clima y territorio minero fue el referente del imaginario del proletariado minero, que influenció en el ánimo de los marxistas comprometidos, militantes, quienes apostaron al coraje minero para vislumbrar la revolución socialista, diseñada en sus programas. En ese periodo intenso de la historia política boliviana (1946-1971) –que de alguna manera continuó su irradiación, aunque mermada, hasta 1985, cuando el Decreto 21060 abrió el ciclo neoliberal– puede situarse la matriz del marxismo de guardatojo. En ese clima y territorio minero fermenta y se edifica el marxismo de guardatojo, que es un entrelazamiento entre el discurso elaborado de la revolución permanente y la intuición subversiva minera, que nace esa predisposición pasional a la lucha de los que nada tienen que perder ni temen a la muerte.

En los campamentos mineros, en el imaginario minero, las mujeres juegan un papel central en la trama y el drama de las luchas. Son ellas las que comienzan la pelea, a veces en las puertas de la misma pulpería; los compañeros tienen que continuar la lucha que encendieron las mujeres, después de salir de sus turnos, sus mitas. Si bien se cuenta con la leyenda de la viuda negra, fantasma femenino que deambula por los socavones oscuros, también se cuenta con la memoria y el afecto a las presencias vitales y corporales de las tonalidades sociales y concretas femeninas. La mujer minera, no solamente las palliris, es el hilo vertebral de todos los hilos, por así decirlo, del tejido del imaginario, de las narrativas y las acciones espacio-temporales mineras.

Ciertamente, en el imaginario minero también está el Tío, la figura del diablo en el sincretismo cristiano; sin embargo, manca-pacha, en el origen de la mitología andina. ¿Cuál es la relación con el Tío en el imaginario de los mineros que asumieron la Tesis de Pulacayo como suya, como encarnación de sus luchas y esperanzas? ¿Cómo se combina este rito pagano con la “ideología” de la revolución permanente?

SEGUNDA PARTE. IMAGINARIO Y NARRATIVA

Historia y narración

Desde la muerte de Marx hasta ahora ha corrido mucha agua bajo el puente. La historia, como saber o como ciencia, ha avanzado mucho, en comparación con los recursos que disponía antes. El acceso a las fuentes, a los registros de toda clase, los documentos, el desarrollo de las técnicas y métodos para su desciframiento, los análisis comparativos, además de multidisciplinarios; todos estos procedimientos, técnicas, instrumentos, proliferación de datos y centros de datos, la acumulación de erudiciones, han transformado la historia, tanto en lo que respecta a su disponibilidad de información, capacidad de descripción y elocuentes interpretaciones. Desde esta situación, no es sostenible seguir hablando de historia como lo hacía Marx, desde la filosofía de la historia. Es indispensable tomar en cuenta a lo encontrado por la historia, tanto sus descripciones e interpretaciones, así como sus teorías, se esté de acuerdo con ellas o no, para apoyarse en ellas o distanciarse. Lo que no se puede hacer es ignorar la historia como ciencia o como saber.

Sobre todo, en lo que respecta a la historia política de las sociedades, es menester no entrabarse en discusiones reiterativas; las cuales se basan en supuestos e interpretaciones anteladas. Se trata de interpretaciones que se anticipan al análisis, incluso, sorprendentemente, a los hechos. Se asumen las figuras políticas coyun-

turales decodificándolas a partir de otras figuras dadas; éstas últimas ya asumidas en interpretaciones en boga. Lo que se hace es no sólo acercarlas por juego de semejanzas, sino que se transfiere la interpretación dada para las figuras que ya se fijaron en una trama, como si la semejanza justificara hacer esto. Es, decir, se transfiere el sentido histórico, por así decirlo, de un contexto a otro. Si bien esto es posible en los imaginarios, incluso en la “ideología”, no puede tomarse en cuenta como dato ni interpretación seria ni objetiva, por así decirlo. Lamentablemente, en la concurrencia política esto sucede. Las consecuencias son desastrosas, puesto que la política está directamente vinculada a la acción.

Una de las discusiones más interesantes entre historiadores, filósofos, epistemólogos y filólogos es la que tiene que ver con la relación entre historia y narración. ¿Es la historia una narrativa? ¿Si no es así, qué es entonces la historia cuando escribe, describe, comenta, interpreta y comunica lo que ha encontrado? ¿Si es así cuál es la relación? ¿De qué manera afecta el modo de narrar a la historia? Estos temas serán retomados, presentando las tesis de algunas de las escuelas de historia.

Como habíamos dicho en otro escrito, el desplazamiento y la ruptura epistemológica en la historia se dan con la Escuela de los Anales. Esta escuela se distancia del “acontecimiento”, entendido no como lo hacemos nosotros, como campos y geología de espesores conformados por multiplicidad de singularidades, sino como evento singular e irrepetible. También se distancia de la historia política, la efectuada por el saber o la ciencia histórica, a partir de la consideración de los individuos sobresalientes, asumidos como protagonistas. La Escuela de los Anales se desplaza a considerar la duración, las estructuras de la larga duración acontecidas en espacios extensos, regiones y mundo. Encuentra en la larga duración las estructuras civilizatorias, las que pueden llamarse realmente históricas. Son estas estructuras las que hacen la historia; no los individuos, y tampoco la historia se explica en la contingencia de los “acontecimientos”.

Marc Bloch, en su libro inconcluso y póstumo, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, escribe:

Porque la naturaleza de nuestro entendimiento lo inclina más a querer comprender que a querer saber. De donde resulta que, a su parecer, las únicas ciencias auténticas son las que logran establecer entre los fenómenos vínculos explicativos.

La pregunta que podemos hacer es: ¿Cuál la relación entre estructuras de larga duración y “acontecimientos”, mediada por lo que podemos llamar estructuras de mediana duración, correspondientes a un periodo? Sin embargo, la pregunta de fondo es: ¿Cuál es la mecánica histórica de estas relaciones entre estructuras de larga duración, estructuras de mediana duración y “acontecimientos”? Porque de lo que se trata es de explicar esta mecánica histórica. Incluso se puede complejizar la pregunta y la mecánica haciendo intervenir condicionantes y procesos más mutables como clases sociales, fragmentos territoriales de clase, procesos específicos políticos, económicos, incluso “ideológicos”, atravesados por tejidos culturales, que posiblemente se acerquen, más bien, a las estructuras de larga duración que la Escuela de los Anales llama –en la perspectiva no sólo de la larga duración, sino, en el entrelazamiento de la larga duración, la mediana duración y los “acontecimientos”– civilizaciones.

Son las respuestas a estas preguntas, que sólo se pueden dar con la investigación, acompañadas por el análisis y la reflexión crítica, las que pueden ayudar a comprender tanto la especificidad de los “acontecimientos”, como el juego de las tendencias del periodo, así como la gravitación civilizatoria. El análisis de lo que llamaremos la mecánica histórica y social no puede sustituirse por la elucubración “ideológica”.

Ante la pregunta de qué es la historia, Marc Bloch responde:

Algunas veces se ha dicho: “La historia es la ciencia del pasado”. Lo que [a mi parecer] es una forma impropia de hablar... En efecto, hace mucho que nuestros grandes antepasados, un Michelet, un Fustel de Coulanges, nos enseñaron a reconocerlo: el objeto de la historia es, por naturaleza, el hombre. Mejor dicho: los hombres. Más que el singular que favorece la abstracción, a una ciencia de lo diverso le conviene el plural, modo gramatical de la relatividad. Tras los rasgos sensibles del paisaje, [las herramientas o las máquinas,] tras los escritos en apariencia más fríos y las instituciones en apariencia más distanciadas de quienes las establecieron, la historia quiere captar a los hombres.

Más abajo aclara esta definición:

“Ciencia de los hombres”, hemos dicho. Todavía es algo demasiado vago. Hay que añadir: “de los hombres en el tiempo”. El historiador no sólo piensa lo “humano”. La atmósfera donde su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración.

Entonces, Bloch define la historia como ciencia de los hombres en el tiempo. No se trata, por cierto, de una antropología histórica, sino de entender que los humanos hacen la historia; empero, no de manera directa, sino en el tiempo diferido de la larga duración, de la mediana duración y del “acontecimiento”. Bloch se coloca en la concepción de Henry Bergson cuando define como clave la categoría de duración. También podríamos decir, en el espacio estructurado de la larga duración, de la mediana duración y el evento intenso del “acontecimiento”. Entonces, quizás lo aconsejable es concebir la mecánica histórica y social en el tejido espacio-tiempo-vital-social más profundo, en el tejido del espacio-tiempo-vital-social más próximo y en el hundimiento del “acontecimiento”. De lo que se trata es de explicar el perfil del “acontecimiento” singular, la secuencia de los procesos, los campos de juegos de las tendencias, sus resultantes, por así decirlo, en el espesor de los tejidos del espacio-tiempo-vital-social. Se trata de explicar la mecánica histórica-social de las singularidades y de los efectos de masa de las singularidades, sus secuencias, cronogramas, ritmos y colisiones.

Un acontecimiento como la revolución de 1952 tiene que ser explicado entonces considerando las estructuras de larga duración, las estructuras de mediana duración y el acontecimiento mismo; comprendiendo además el juego de fuerzas y tendencias en el periodo, así como el perfil de los individuos. Obviamente, es indispensable situar, en el entrelazamiento de procesos, a las clases sociales, los fragmentos territoriales de clase, los partidos políticos, sus convocatorias, y, sobre todo, el peso de los sindicatos y de sus organizaciones matrices. Pero, en este caso, ¿cuál es la estructura de larga duración? ¿La formación económica-social colonial? ¿La estructura económica y política de la dependencia? ¿O hay que ir más lejos? Pero, en este caso, ¿cuál es la civilización, recogiendo el alcance conceptual que le atribuye la Escuela de los Anales? ¿Podemos lanzar la hipótesis de investigación de que se trata de un quiebre civilizatorio ocasionado por la conquista y la colonización, quiebre acompañado por la ocupación colonial de la cultura europea de ese entonces? Sin embargo, lo que se da en el mundo, con todas sus heterogeneidades, es la modernidad. Entonces, ¿la civilización de la que hablamos es la modernidad en clave heterogénea?

Ahora, refiriéndonos a las estructuras de mediana duración, ¿cuáles son éstas? ¿Las estructuras de la economía minera, combinadas con las estructuras de las propiedades latifundistas, articuladas con la estructura estatal, denominada oligárquica por el lenguaje político de entonces? ¿Cuál es el peso del proletariado minero y del proletariado fabril? ¿Cuál es el grado de organización sindical y bajo qué características se compone? ¿Bajo qué convocatoria se movilizan, la del POR, la del MNR, la del mismo sindicato? No vamos a preguntar cómo se ven a sí mismos tanto el POR como el MNR, sino cómo los ve el proletariado minero. Algo que podría acercarse a lo que la Escuela de los Anales llama mentalidades. Esto es importante, pues hay un prejuicio racionalista, sobre todo en la izquierda, que cree que se trata de claridad, de programa, de consignas adecuadas en su momento. Esto es lo que llamamos fundamentalismo racionalista, que se mueve bajo la conjetura de la astucia de la razón en la historia. Esto es confundir la “realidad” –que para nosotros es sinónimo de complejidad, que se mueve como mecánica de fuerzas, en distintos planos, por así decirlo, fuerzas interpretadas– con las representaciones conceptuales.

No importan tanto si había un programa revolucionario, aunque esto hubiera incidido favorablemente; pues, que lo haya hecho dependía no de su claridad sino de su encarnación en la voluntad del proletariado minero. En otras palabras, el problema es si este programa cobra cuerpo como fuerza. Mientras no ocurre esto, la revolución está en la cabeza de los revolucionarios, pero no es una posibilidad material cierta. El campo social y el campo político son campos de fuerzas, no de conceptos. Se puede decir que el campo filosófico es un campo de conceptos, donde éstos adquieren la forma de fuerza y entendimiento, usando términos hegelianos de la Fenomenología del espíritu. Más aún, incluso podríamos decir, como lo hicimos en un antiguo escrito, fuerza de entendimiento. Empero, estas fuerzas sólo tienen incidencia en los estratos intelectuales, no en las multitudes y masas sociales. En las multitudes, masas y estratos sociales tiene más bien incidencia el imaginario o los imaginarios, lo que los historiadores de la Escuela de los Anales llaman mentalidades. Por

eso, es muy importante acercarse al mapa de las mentalidades de la coyuntura y el periodo donde se da este acontecimiento de la revolución de 1952.

Por supuesto que no se trata sólo de mentalidades, sino de conductas, de hábitos, transformaciones de hábitos, prácticas y acciones, y respuestas colectivas; en otras palabras, de asociación conglomerada de los cuerpos, de resistencias y movilizaciones corporales. ¿Cómo ocurre esto, cómo se da lugar esta actividad subversiva multitudinaria? No se debe, por cierto, a la claridad política, a las finalidades del programa, sino a la adquisición de esquemas de comportamientos. ¿Es que se puede corporeizar la teoría, el programa? Lo que se corporeiza son diagramas de poder, que inducen comportamientos; la pregunta es: ¿se puede inducir emancipaciones de comportamientos y conductas? ¿Cómo se logra esto? No se trata de un convencimiento racional, sino de transformaciones en las prácticas. Antes decíamos de constitución y des-constitución de sujetos; ahora podemos hablar de una puesta en suspenso de los mecanismos de dominación, de desplazamientos y transformaciones en el ámbito de las relaciones. Si se quiere, cambio en las mentalidades. Se trata entonces de la conformación de nuevas composiciones asociativas, que incidan en las prácticas, transformen los ámbitos y las atmósferas de las prácticas, los climas culturales, y, por lo tanto, que cambien las mentalidades.

Narrativa e “ideología”

Volviendo a la revolución de 1952, respecto a la descripción histórica y al análisis de este acontecimiento, la tarea es comprender los campos de juegos de fuerzas, sus correlaciones, su peso y sus tendencias; poder lograr una interpretación de esta complejidad y proponer una explicación de la mecánica histórica-social de las fuerzas puestas en escena.

Como ejemplo, para ilustrar sobre algunos problemas, haremos bocetos de algunas secuencias anotadas.

Secuencia 1. Los sectores populares experimentaron el recorrido insurreccional, como la forma de lucha que mejor manifiesta la cultura política popular. Durante el Sexenio (1946-1952), acontecimientos como la toma de Potosí por los mineros del Cerro Rico, en enero de 1947; el levantamiento de los trabajadores de la mina de Siglo XX, en mayo de 1949; el de los fabriles, en 1950, y otros hechos, pueden ser claramente inscritos en esta forma insurreccional.

Secuencia 2. Del libro Cincuentenario de la revolución del 9 de abril de 1952: así fue la revolución, extractamos lo siguiente:

El 9 de abril de 1952 amaneció como ningún otro 9 de abril. Las marchas militares que se oían en todas las radios a transistores de los hogares paceños, venían acompañadas de proclamas y llamadas al “valeroso pueblo de La Paz”. La emotiva voz había dejado de ser la de un sereno locutor de “Radio Illimani”. Enronquecida, anunciaba que un golpe de Estado contra la oligarquía había estallado. El MNR, partido del pueblo y cabecilla del levantamiento, anunciaba la muerte de los “opresores” y pedía el concurso de todos para consolidar su movimiento. Tras las marchas militares, el himno movimientista cobraba fuerza. El pueblo convocado venció la incertidumbre y se volcó a las calles. Se formaron grupos, se tomaron rápidas decisiones y no se pensó en nada más que en ganar la batalla contra el Ejército que se atrincheraba para defender al régimen. El golpe planificado por el MNR debió haber estallado en enero para aprovechar la época de las lluvias y la falta de conscriptos, pero la posibilidad de contar con aliados entre los altos mandos del Ejército, como Don Antonio Seleme, para entonces Ministro de Gobierno, lo postergó. Estallado el 9 de abril, según planes de los conspiradores, si éste fracasaba en La Paz, se levantarían 57 cantones, provincias y centros mineros para desatar la guerra civil y se establecería en el Sur un gobierno civil, obligando al Ejército a combatir en 100 lugares, a tiempo que se decretaría la huelga general. Además, en los meses anteriores, comandos zonales y barriales, células de mujeres y grupos de trabajadores mineros habían fabricado granadas de cemento amarradas con una carga de dinamita, bazucas llamadas en las minas “chicharras” que serían la principal arma de lucha cuando el momento llegara (el Diario 21 de abril de 1952). En cuanto a los Comandos Zonales y los grupos de honor del MNR, éstos comenzaron a organizarse poco después de la caída de Villarroel y, para 1951, ya existían 24 organizaciones de ese tipo en la ciudad de La paz. En 1952, estaban listas para responder al llamado de sus líderes. Por su parte, el Comité Revolucionario regional del MNR compuesto en el momento de la

revolución por Hernán Siles Zuazo, Adrián Barrenechea, Hugo Roberts, Jorge Ríos, Juan Lechín, Mario Sajinés Uriarte, Roberto Méndez Tejada, Raúl Canedo, Jorge del Solar, Manuel Barrau, y Alfredo Candia, había asegurado la participación en el golpe de los comandantes de las tres principales fuerzas del Ejército. Pero en los hechos, sólo el Gral. Antonio Seleme mantuvo su palabra, aunque terminó asilándose en una embajada en el momento más crítico del movimiento, convertido desde las primeras horas del 9 de abril en una auténtica insurrección popular. La insurrección de abril fue descrita por la prensa como “brava lucha sin precedentes en la historia revolucionaria de Bolivia”.

Secuencia 3. Comparemos la anterior narración con esta otra:

La revolución boliviana de 1952 no puede comprenderse, de más está decir, sin tener en cuenta sus raíces históricas. Pero tampoco puede entenderse sin tener en cuenta su presente: es que el presente ilumina el pasado, mostrando aspectos que entonces aparecían oscuros y conduciendo a nuevas interpretaciones. Es así como las nuevas experiencias nacionalistas en América Latina, surgidas en el siglo XXI, serán de vital ayuda para enriquecer la conclusión fundamental de este trabajo: toda tentativa revolucionaria que se mantenga dentro de los límites del nacionalismo burgués (o sea, dentro del marco del capitalismo) está condenada al fracaso. La comprobación de esa conclusión implica que el trabajo no se detenga allí sino que, a su vez, y teniendo a Bolivia como expresión concentrada de los problemas históricos de América Latina (los recursos naturales, la tierra para los campesinos, la independencia nacional), permita exponer cuál es la vía revolucionaria que se presenta como alternativa superadora.

El mismo autor más abajo escribe:

La caída de Villarroel no sólo no puso freno a la agitación popular, sino que incluso pareció potenciarla. Pero ante el fracaso de los viejos partidos, del “socialismo militar”, del PIR y ahora del MNR, las masas comenzaron a inclinarse hacia el POR, que también había estado presente en Catavi, y que estaba en mejores condiciones que los demás para trabajar en los medios obreros, en particular en los centros mineros. Expresión directa de este proceso será el Congreso Minero de Pulacayo, en 1946, y su respectiva y famosa Tesis (de inspiración porista), que como señala Alberto Pla significó un “verdadero programa revolucionario para Bolivia: nacionalización de las minas, control obrero sobre la producción y el comercio exterior, escala móvil de salarios, armamento del proletariado, milicias obreras y campesinas, figuran en ellas, como destacados”. La Tesis de Pulacayo es la correcta aplicación de las conclusiones fundamentales de la Revolución Permanente y de El Programa de Transición, de León Trotsky, a la realidad de Bolivia: la revolución boliviana es democrático-burguesa por sus objetivos (reforma agraria, independencia nacional), pero una vez iniciada sólo puede triunfar si no se detiene ante el marco de la propiedad capitalista, transformando la revolución burguesa en socialista (la revolución democrático-burguesa es sólo un episodio de la revolución proletaria), y con ello en permanente. El sujeto capaz de realizar esta tarea es el proletariado, que constituye la clase social revolucionaria por excelencia, en alianza con el campesinado y otros sectores de la pequeña burguesía, y el resultado de esta hegemonía no puede ser otro que la dictadura del proletariado. Es decir que “ya está planteado en Bolivia, a nivel de masas, el programa de la revolución socialista”, colocando al proletariado minero no sólo a la vanguardia de Bolivia, sino de toda América Latina. Además, la Tesis sirvió como programa para la construcción del Bloque Minero Parlamentario, una alianza que La Federación de Mineros constituye con el POR y que expresa la participación independiente de los mineros en las elecciones de 1947, que es ya un logro de por sí, más allá de que la elección de seis diputados y dos senadores no pudiese progresar, pues en medio de un clima de gran represión, los dirigentes fueron finalmente apresados y exiliados.

Pero si todo esto había permitido que el POR dejase de ser un minúsculo grupo alejado de las masas, el fracaso en encontrar la forma de plasmar la Tesis de Pulacayo en la práctica dio lugar a que el MNR, que parecía enterrado, recuperase sus posiciones sobre la base de un giro a la izquierda que prácticamente lo llevó a calcar, demagogia mediante, las consignas del POR, desplazándolo de la dirección de los acontecimientos. Incluso la acción del MNR y el POR empezó a verse como una sola, lo que se debió al seguidísimo a una supuesta ala izquierda del MNR por parte del porismo; aquí ya se comienzan a apreciar los primeros errores del POR, fundamentales para entender el destino final de la revolución boliviana de 1952, en cuanto a que sus políticas contradecían directamente la Tesis de Pulacayo.

Así fue como el MNR, ferozmente reprimido y perseguido, logró acomodar su programa al viraje de las masas y, para finales de la década del 50, ganar el apoyo del estalinismo, del trotskismo y del pueblo en general. En el año 1949 el MNR planteara apresuradamente (ya que el gobierno no había perdido aún toda su legitimidad) una línea insurreccional, lo cual responde a un gran cambio de situación, pues si bien anteriormente toda conspiración estuvo limitada al campo militar, ahora “el MNR explota (...) la pérdida que tuvo dentro de los militares compensándola con su influencia en las masas mismas y por eso tiene que plantear como una guerra civil lo que antes debió existir como conspiración”. Pero a pesar de la derrota del MNR, ya no había vuelta atrás. El poder estaba en completa disgregación y las elecciones de 1951, luego de la huelga general de 1950, son un ejemplo de ello: “A pesar de que el sistema electoral era de voto calificado, con lo que se excluía a la mayor parte de los obreros y todos los campesinos, Paz Estensoro, jefe del MNR, resultó vencedor en las elecciones de 1951. Si la oligarquía hubiese tenido confianza en el funcionamiento de su propia democracia, y en particular, en su control sobre el ejército, le habría resultado factible entregar el poder al vencedor y, sin embargo, bloquear legalmente su programa o condicionarlo e incluso, esto es ya una pura hipótesis, apoyar al MNR en sus relaciones con los aliados peligrosos, que eran los mineros (...). Prefirió empero el camino más rutinario de desconocer las elecciones, encaramar en el poder a una nueva junta militar y, en fin, suprimir todas las alternativas democráticas. Con ello se completaron las condiciones subjetivas para que, menos de un año después, existiera la insurrección de masas del 9 de abril de 1952.”

Y cuando todo parecía indicar que se produciría un golpe de Estado más en la historia de Bolivia, cuyo resultado sería un gobierno conjunto entre el MNR y el ejército, la aparición de los mineros y de amplios sectores urbanos – que, como las masas rusas en febrero de 1917 no sabían exactamente qué querían, pero sí lo que no querían, en este caso a la Rosca y su Estado - y su dramática lucha en las calles, armas en mano, transformó en tres días el resultado en una insurrección triunfante. El ejército fue derrotado y se derribó al Estado, pero el proletariado victorioso no tomó para sí el poder que había conquistado por su cuenta, como lo planteaba la Tesis de Pulacayo, sino que –nuevamente al igual que en el febrero ruso - colocó allí a una dirección que no era la suya, y que no sólo no había planeado la insurrección ni jugado en ella un papel principal, sino que había tratado de evitarla por todos los medios.

Caracterización de la revolución

No es posible proceder a caracterizar una revolución cualquiera limitándose a enunciar qué clase social dirige el proceso, cuál es la base económica y cuál la situación política en el momento que suceden los hechos. En realidad, estos factores sólo pueden analizarse a partir del curso que fueron tomando los acontecimientos y no simplemente a escala nacional, sino teniendo en cuenta la relación dialéctica existente entre lo nacional y lo internacional. Es por esto que importa describir cuál es la coyuntura en la que se enmarca y toma significación la revolución boliviana de 1952.

Por un lado, con la Primera Guerra Mundial (manifestación más cruda del imperialismo) queda en evidencia que el capitalismo ya ha cumplido su función histórica, mientras que la Revolución Rusa en 1917 abre un ciclo de revoluciones socialistas a escala mundial, destinada a superar la debacle capitalista. Es el inicio de una nueva era, en la cual las revoluciones emprendidas por una colonia o semicolonias contra el imperialismo, aunque en sus objetivos pudieran ser democráticos-burgueses, ya no pertenecen a la vieja revolución destinada a establecer una sociedad capitalista y dirigida por la burguesía, pues esta no puede llevar adelante ningún proceso revolucionario (como la burguesía de los países Europeos en su lucha contra el feudalismo, aunque vale agregar que ya en 1848 y en 1905 la burguesía europea se había mostrado reaccionaria), sino a una revolución liderada por proletariado: la revolución socialista proletaria mundial.

Por otro lado, en el período que se abre con el fin de la Segunda Guerra Mundial se pueden destacar dos grandes fenómenos. En primer lugar, la llamada Guerra Fría, impulsada por los Estados Unidos y las otras potencias imperialistas de Occidente con el fin de detener el avance de la URSS y de la revolución en general a escala mundial. En segundo lugar, el “despertar”, primero en Asia, más tarde en África, de los países coloniales y semicoloniales, manifestado en una enorme oleada de movimientos anticoloniales. Estos movimientos, en cuya lucha contra el colonialismo como enemigo común confluyeron diversas clases, serán recorridos por dos grandes líneas: la reformista, encabeza por la burguesía nacional, y la revolucionaria, conducida

por el proletariado. Ejemplos de la primera línea los encontramos en la India, en Egipto, en Birmania o en Indonesia, por nombrar algunos casos. Ejemplo de la segunda, es decir, de los movimientos anticolonialistas y antiimperialistas dirigidos por el proletariado, es el de la Revolución China. Por su parte, el movimiento anticolonialista de la segunda posguerra se extiende también hacia América Latina. El imperialismo yanqui, en medio de la Guerra Fría y con la excusa de la lucha contra el comunismo y la subversión, tenía como plan convertir a América Latina en un desfiladero de dictaduras que respondieran plenamente a sus intereses, lo que más tarde conseguirá, y cuya primera víctima será Guatemala. Pero la situación de debilitamiento de las potencias imperialistas a nivel mundial posibilitó que se generalizaran movimientos nacionalistas burgueses (que ya venían en ascenso a partir de la crisis del 29) con distinto grado de radicalidad y de apoyo y protagonismo de las masas, como es el caso del peronismo, del varguismo, del MNR, etc. Además de estos procesos reformistas, se repite aquí la lucha entre dos corrientes antagónicas, pues a finales de la década del 50 tenemos también el ejemplo de la Revolución Cubana.

Entonces, estamos ante un proceso que pone fin a una etapa en la cual la forma colonial era la manera principal en que las potencias imperialistas ejercían su dominación y opresión, y que se enmarca en el ciclo de revoluciones socialistas, pero que tiene resultados diferentes dependiendo de qué clase sea la hegemónica. Tal es así que en los países en donde la revolución de liberación nacional no fue dirigida por el proletariado, sino por la burguesía nacional, sucederá lo mismo que en América Latina durante las primeras revoluciones de independencia: el problema agrario quedará sin resolver y, por lo tanto, los terratenientes conservarán su poder económico, sentando las bases para las nuevas formas de dependencia y dominación oligárquico-imperialista.

En cuanto a la revolución boliviana en particular, se hizo mención a que el proletariado minero no tomó el poder para sí, sino que colocó allí al MNR y a su máxima figura, Paz Estenssoro. Pero ahora debemos agregar que días después de la revolución los trabajadores crearon su propia organización, la Central Obrera Boliviana (COB), expresión de la dualidad de poderes reinante. Y así como todos los autores coinciden en remarcar que la hegemonía de la revolución perteneció al proletariado minero, también se concuerda en cuanto a que este mismo actor siguió manteniendo la hegemonía durante el primer período, siendo su Central Obrera la verdadera instancia de poder, y el gobierno del MNR apenas su sombra. Lo que falla en la mayoría de los autores es que, reconociendo de hecho la dualidad, que tenía como dueño de la situación a los trabajadores, no se saque de allí las conclusiones obvias: la dualidad de poderes es una situación excepcional producto del choque irreconciliable de dos clases en una situación revolucionaria, y como tal, no puede extenderse demasiado en el tiempo; uno de los poderes acaba finalmente por imponerse. Los partidos revolucionarios, inclusive el POR, desconocieron este hecho, y en lugar de definir la dualidad a favor de la COB, trabajando en ella para lograr una mayoría y exigiendo el paso de todo el poder a esa organización, se dedicaron a “presionar” al MNR para que realice las demandas de las masas, designando para ello algunos ministros obreros y estableciendo el co-gobierno MNR-COB. Así lo entiende Alberto Pla, una de las excepciones a la regla, cuando nos dice que “en la medida en que no surge una dirección obrera de masas que conscientemente busque resolver la contradicción a su favor sino que sólo trate de presionar al ala progresista dentro del MNR, no se abrirá la posibilidad de avanzar en la revolución social que quieren las masas y se posibilitará, poco a poco, el nuevo triunfo de la reacción favorecido por el MNR.”

Lamentablemente, eso fue lo que sucedió. La falta de una dirección revolucionaria capaz de aprovechar la situación llevó a la capitulación ante la burguesía nacional, contrariando así la Tesis de Pulacayo. Se pasó de competir con esa burguesía por la hegemonía de la revolución, a subordinarse a una de sus alas, fomentando en las masas la confianza en el gobierno y no lo contrario. El problema principal fue, entonces, la ausencia de un verdadero partido obrero: “Había en el movimiento proletario, empero, una duplicación; se sentían, por una parte, integrantes del movimiento democrático considerado como generalidad y, por lo tanto, impusieron como algo natural el retorno de Paz Estenssoro y la reivindicación de su presidencia, como emergencia de su victoria en las elecciones de 1951. Pero, por otra parte, eran portadores semiconscientes de su propio programa, que era el que figuraba en la tesis de Pulacayo, aprobada en 1947. Lechín expresaba lo primero; lo segundo, demostró ser un germen imposible de desarrollarse en tanto cuanto no se diferenciara la clase del movimiento democrático general, es decir, ya como partido obrero.”

La revolución boliviana dará lugar a la revolución restauradora, es decir, fracasará, en la medida en que tuvo como resultado la revolución nacional y no la revolución proletaria, en el marco del agotamiento del capitalismo y del ciclo de revoluciones socialistas, o sea, de la inviabilidad de la burguesía nacional para conducir proceso de liberación nacional alguno y de la inviabilidad misma del capitalismo. Pero en qué medida la revolución fue nacional y terminó siendo derrotada sólo puede verse, como dijimos, a partir del curso que tomaron los acontecimientos, siempre sin perder de vista la relación entre lo nacional y lo internacional, lo cual necesariamente da paso al siguiente punto.

Secuencia 4. Después de estas narraciones sobre la revolución de 1952, ambas distintas por el alcance y la pretensión de sus interpretaciones, quizás tengamos que detenernos en la exposición, el análisis y la narrativa del historiador Guillermo Lora, intelectual trotskista, además de militante, persistente crítico, y coautor de la Tesis de Pulacayo. Lora escribe:

Son numerosos los documentos y testimonios que demuestran que la dirección movimientista había preparado cuidadosamente un golpe de Estado, contando con la complicidad del entonces Ministro de Gobierno Seleme. Los conjurados, realizaron sondeos infructuosos en las tiendas falangistas, buscando apoyo para sus planes subversivos. Por otro lado, era evidente que el MNR se convirtió en un partido popular y había logrado, gracias a la sistemática persecución policial desatada en contra suya y al trabajo sacrificado y heroico de sus activistas sindicales, el apoyo de grandes sectores de los explotados. Estaban dadas las condiciones para el retorno al poder de los derrocados el 21 de julio de 1946. La causa fundamental de este fenómeno sorprendente para casi todos los observadores, radica en la frustración y traición del estalinismo, que llegó al poder después del golpe contrarrevolucionario que derrocó a Villarroel, si se exceptúa la aproximación a las graderías del Palacio Quemado durante el gobierno “socialista” de Toro, que vino a poner de relieve su indiscutible vocación palaciega.

El PIR nació como un partido naturalmente entrenado en las masas, se puede decir que fue el primer partido marxista que contó con verdaderos cuadros dentro del sector minero, y perdió todas sus posibilidades de dirigir a los explotados al concluir su contubernio con la rosca (no era un misterio para nadie que Carlos Víctor Aramayo en persona prestó incontables favores al partido estalinista e inclusive financió muchas de sus actividades); desde este momento los explotados le dieron progresivamente las espaldas y se desplazaron en busca de otra dirección más consecuente con sus enunciados. El estalinismo no pudo aprovechar magníficas oportunidades para convertirse en movimiento de masas y en dirección del proletariado, esto por dos causas: la primera se refiere a la rápida disgregación del Partido Comunista clandestino de los años veinte y que contaba con el apoyo decidido del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. La segunda no es otra que la experiencia política para el retorno del MNR al poder, esto en un plazo inmediato, históricamente permitió que el trotskismo, como un fenómeno excepcional, penetrase gradualmente en el seno de las masas hasta convertirse en una de las tendencias obreras más poderosas. La política de los frentes populares y de la unidad nacional, ideada y dirigida desde el Kremlin, se tradujo en Bolivia en la vergonzosa obsecuencia pirista hacia el imperialismo norteamericano, palpable opresor y explotador foráneo del país, y en el pacto político con la rosca, todo bajo el pretexto de que así se luchaba mas eficazmente contra el nazifascismo, presentado como enemigo de la “democracia” burguesa y de la civilización contemporánea. La teoría en sentido de que la vigencia de la revolución democrático-burguesa obliga a la clase obrera o aliarse y someterse a la burguesía nacional y progresista, se convirtió en los hechos, en el contubernio rosca-PIR; la ausencia de una burguesía industrial poderosa no podía menos que conducir a tan triste resultado. El antecedente inmediato de lo sucedido el 9 de abril de 1952 se tiene que buscar en los resultados de las elecciones generales de 1951, realizadas bajo la presidencia del pursista Mamerto Urriolagoitia y que obligaron a consumir el famoso mamertazo (auto-golpe palaciego que permitió la sustitución de un gobernante civil por el general Hugo Ballivián).

En febrero de 1951 se reunió, en pleno sexenio y cuando imperaba el desconocimiento de las garantías democráticas, la quinta Convención Nacional del MNR, bajo la presidencia de Hernán Siles, que era ya notable por sus desplantes, su osadía, sus proezas de valiente, aunque no todos sabían aun exactamente hasta dónde iba su pensamiento inconfundiblemente derechista (sustentaba ya posiciones mucho más conservadoras que Víctor Paz, Lechín, etc.). Esta reunión tenía como finalidad central la designación de candidatos para las

próximas justas electorales. La dirección movimientista estaba interesada en presentar una fórmula capaz de arrastrar a la mayoría nacional y de vencer las resistencias que motivaban los hombres conocidos del partido nacionalista. Formalmente se propuso la candidatura del excelente poeta y calamitoso político Franz Tamayo, que iría acompañado por Víctor Paz como Vicepresidente. Este último fue uno de los pocos que vio el problema en sus verdaderas dimensiones: no se trataba de jugar a las elecciones y menos de lograr la victoria con pequeñas trampas, sino de tomar el toro por las astas e imponer una inconfundible fórmula partidista. Finalmente se proclamó el binomio Víctor Paz Estenssoro-Hernán Siles Zuazo. La derecha, segura de que el monopolio del poder le permitiría fácilmente imponer su voluntad en las urnas, fue dividida y también así lo hizo la izquierda. Los resultados fueron sorprendentes, inclusive para la mayoría de los movimientistas: el partido opositor logró triunfar, lo que debe atribuirse al hecho de que todavía las ciudades podían imponerse en las elecciones. Los resultados logrados el 6 de mayo de 1951 fueron los siguientes: Víctor Paz, 54.049; Gosálvez (PURS, partido de gobierno), 39.940; Gral. Bilbao (FSB), 13.180; Gutiérrez Veá Murguía (candidato de la empresa Aramayo), 6.559; Tomás Manuel Elío (Partido Liberal), 6.441 y José Antonio Arze (pirista y candidato de los universitarios).

Ya sabemos que el general Ovidio Quiroga. Comandante en Jefe del Ejército designó como Presidente de la República al Gral. Hugo Ballivián, anulando así, con un simple golpe de espada, lo obtenido en las elecciones. No era el ejército como tal el contrariado, sino la minería, que comprendió con claridad que la victoria movimientista y su llegada al poder importarían el desbordamiento de las masas y recurrió a los generales como a su última carta. Tal es el verdadero sentido del mamertazo (16 de mayo de 1.951).

El MNR se dio modos para sacar toda la ventaja posible del escamoteo electoral y convirtió en bandera de agitación su victoria y la usurpación consumado por el gorilismo. Esta campaña se desarrolló de modo inseparable con su demagógica propaganda en contra de los organismos norteamericanos que adquirirían más y más preeminencia dentro del país.

La insurrección movimientista, que comprometió a las fuerzas de carabineros encargadas de garantizar el orden público, comenzó con todas las características del golpe de Estado blanquista, confiando su victoria al manejo o neutralización de ciertas unidades del ejército o el pronunciamiento de determinados jefes con mando de tropa. El general Humberto Torres Ortíz reagrupó a los efectivos militares, opuso tenaz resistencia y pasó al ataque contra los facciosos.

Fueron la prolongación de la lucha, el traslado de la enconada pugna en el cuartel o los ministerios a las calles, los que permitieron que las masas se incorporasen a la batalla, que tomasen en sus manos la suerte del choque armado y determinasen la victoria del MNR como partido. Sería incorrecto limitarse a hablar de las masas así en general, esto porque lo que importa es qué clase social las dirige o se convierte en eje fundamental. Las masas populares jugaron el papel de tegumento del proletariado fabril en las ciudades (la experiencia de lucha de este sector es sumamente rica constituyendo la masacre de Villa Victoria de 1949 uno de los puntos culminantes) y también del minero.

No se trata simplemente de que las masas explotadas determinaron con su acción la victoria, de que se apoderaron de las armas del ejército (así se efectivizó la consigna de que el arsenal natural del pueblo está en los cuarteles), sino de que transformaron, con su presencia y acción, un golpe de Estado en una verdadera revolución. Ya no se buscó sustituir a un grupo militar o civil por otro, todo dentro de la política de la misma clase, sino de desplazar del poder a la rosca y a sus testaferros para reemplazarlas por el partido de la pequeña burguesía.

Las masas estaban allí, determinando autoritariamente el curso de los acontecimientos, pero no lograban expresarse adecuadamente en el plano político. Su acción fortalecía al MNR y éste se apropiaba, de manera natural, del esfuerzo, heroísmo, etc. de los explotados. El MNR pudo hablar a nombre del país. La lucha concluyó con la victoria movimientista, como se desprende del Acta de Laja (11 de abril):

“En las ciudades del interior, los Comandos Políticos Regionales entrarán en contacto por intermedio del Estado Mayor General con las autoridades políticas designadas por el Presidente de la Junta señor Hernán Siles Zuazo.

“Inmediatamente de conocida esta comunicación todas las unidades militares, de carabineros y elementos civiles se retirarán a sus bases. Todos los elementos civiles o militares que desacaten este acuerdo o cometan atentados contra la vida y la propiedad de los habitantes de Bolivia serán pasibles de las sanciones que señalan las leyes.

“Firmando: General Humberto Torres Ortíz, Hernán Siles Zuazo.

“Refrendan esta acta los siguientes Jefes y Oficiales del Ejército Nacional y dirigentes de la Revolución:

Firmado: General Francisco Arias; General Jorge Rodríguez H.; Cnel. Edmundo Paz Soldán; Coronel Claudio Moreno Palacios; señor Jorge del Solar; señor Luis Peláez Rioja; Dr. Flavío Ballón Viscarra”.

Los hechos nos dicen que un partido popular, que enarbolará consignas radicales, cierto que demagógicamente, centró toda su atención en la preparación de un perfecto golpe de Estado, poniendo cuidado en cerrar todas las compuertas por donde pudiesen colarse las masas (el golpe de Estado se idea y se ejecuta a espaldas de éstas y procurando que no irruman en el escenario). Esto que puede parecer paradójico se explica perfectamente si se tiene en cuenta la naturaleza y programa del MNR.

El partido pequeño-burgués sabía perfectamente, y esto por la experiencia que había vivido durante el gobierno Villarroel, que la clase obrera puesta en pie y cuando adquiere su propia fisonomía, tiende a imponer su línea política, su estrategia, lo que supone la acentuación de la tendencia a superar las limitaciones propias del partido y gobierno nacionalistas pequeño-burgueses, que son las limitaciones propias del marco capitalista.

Lo anterior explica por qué el MNR prefería un golpe de Estado en seco, sin participación militante de las masas, aunque buscaba el apoyo de éstas y, por supuesto, el control sobre ellas. Un gobierno nacido de semejante golpe tendría muchas posibilidades de lograr el apoyo del imperialismo y de realizarse en un marco de pos social. Los acontecimientos que se sucedieron en abril de 1952 y después han venido a demostrar que el MNR tenía razón en sus apreciaciones.

La destrucción del ejército

Antes que nadie conociese el documento de Laja y que tiene un marcado sabor de capitulación, las tropas regulares del ejército, los cadetes del Colegio Militar y los oficiales, volcaron sus gorras y corrieron despavoridos, entregando sus armas a quien quisiese tomarlas. Los fabriles habían aplastado a varios regimientos. Los mineros de San José hicieron morder el polvo de la derrota a los soldados y oficiales, en Papel Pampa y las proximidades de la fábrica ILBO; desde Milluni se descolgaron hacia el Alto los trabajadores del subsuelo, más fuertemente entroncados en el campesinado que sus hermanos de otras regiones, y rápidamente se convirtieron en amos de un punto estratégico. Nunca se dirá bastante acerca de la historia de las luchas obreras y campesinas en esta región paceña, que cobran singularidad porque se dan en toda su pureza como choque de determinadas clases sociales explotadas contra los organismos de opresión, casi sin interferencias extrañas. En el cementerio de Alto Madidi, algunas cruces rústicas de madera señalan el lugar donde fueron enterrados numerosos campesinos, que fueron llevados hasta allí como prisioneros políticos durante el sexenio.

Un poco más abajo, el relato continúa:

Si recordamos los datos de la historia de las jornadas de abril, llegaremos al convencimiento de que el equipo gobernante, como expresión de un orden social caduco y en desintegración, se desmoronaba a pedazos. El golpe de Estado fue gestado a nivel ministerial y los conspiradores jugaban con las unidades armadas para asegurar su propia victoria. No puede exigirse mayor prueba del hundimiento de uno de los pilares fundamentales del gobierno: el poder Ejecutivo. El aparato represivo se diluía y no pudo soportar la presión ejercitada sobre él desde el exterior. En estas condiciones, el ascenso revolucionario de las masas se proyectó directa e imperativamente sobre las fuerzas armadas, creando en su seno una serie de tendencias centrífugas; vale decir, que muy fácilmente pudo dislocarlas desde dentro. Los choques y las batallas no fueron más que el golpe de gracia a un proceso que se desarrolló larga y profundamente.

Las masas, aunque no necesariamente el MNR, personificaron en el ejército rosquero a todos sus enemigos y a los causantes de sus males. Las razones sobraban para esto. El ejército rosquero, directamente entroncado en la aristocracia terrateniente y, como ésta misma, destinado a defender los intereses de la gran minería, tiñó reiteradamente sus bayonetas con la sangre de obreros y campesinos. Desde entonces, la clase dominante no encontró mejor fórmula para resolver los agudos problemas sociales y políticos que la masacre: se confundían la paz de las tumbas con la paz social y la estabilidad política. La tambaleante democracia y sus dificultades crecientes se expresaron y encontraron soluciones a través de los cuartelazos y golpes de fuerza. Objetivamente, los elementos uniformados aparecieron como verdugos de los humildes, pero el hombre de la calle los aisló de la clase dominante y se tomó la libertad de considerarlos muy por encima de la lucha de clases, de esa lucha en la que los explotados son los principales y necesarios protagonistas.

El ejército es sólo una parte del aparato represivo, la encarnación de la violencia de una sociedad basada en la explotación del asalariado; lo que tiene que destruirse son los fundamentos de esta sociedad y de esta explotación, entonces no podrá ya existir un ejército diferente a las masas, contrario a sus intereses y convertido en látigo de los oprimidos. Consiguientemente, las masas en abril de 1952 se consideraron ya libres porque el ejército fue disuelto a bala, hecho que se oficializó mediante solemnes actos gubernamentales. El Colegio Militar cesó simplemente de existir, por considerar que los revolucionarios no podían permitir un centro de formación de los carniceros de las masas. En los primeros momentos, se tuvo la impresión de que la jerarquía movimientista, particularmente los señores Paz Estenssoro y Lechín, estaban de acuerdo con la necesidad de la desaparición del ejército de charreteras, botas etc., como expresó chabacantemente el "líder" obrero. No se trataba de la consecuencia de posiciones doctrinales, sino del inconfundible seguidismo a las masas todavía encabritadas. En lo que hicieron y dijeron esos políticos no había ninguna posición orientadora, sino simplemente la repetición de un empirismo a toda prueba. Un poco después, estos mismos dirigentes se encargarían de imprimir características legales a las imposiciones imperialistas acerca de la urgencia de volver a poner en pie a las fuerzas armadas.

Las masas y sus organizaciones (la Central Obrera Boliviana, los partidos marxistas, éstos últimos moviéndose entre la tolerancia del gobierno y la clandestinidad) consideraron que no sólo había que destruir al ejército y evitar su resurrección, sino que, para poder defender eficazmente la revolución de la arremetida de sus enemigos de dentro y fuera, se imponía la necesidad de reemplazarlo por las milicias obrero-campesinas, que aparecieron, vivieron y se destruyeron como el brazo armado de las masas que habían logrado imponerse a la rosca y a su ejército.

La existencia y fortalecimiento de las milicias - consigna y tradición de los movimientos obrero y revolucionario - están subordinados a la politización y actividad de las masas. Cuando éstas eran dueñas de la calle, cuando desde la COB vigilaban e imponían sus decisiones al Poder Ejecutivo, impulsaron la estructuración y fortalecimiento de las milicias. Los explotados al movilizarse vigorosamente, a fin de imponer sus decisiones y al convertir a sus organizaciones en órganos de poder, se plantearon como una necesidad inaplazable la formación de las milicias obrero-campesinas, no como entidades colocadas por encima de ellas, extrañas a sus intereses o designios, sino como una expresión armada de su propia actividad cotidiana, como un instrumento indispensable para la imposición de sus decisiones, frente a la resistencia de los enemigos de clase y a la estulticia del gobierno. La defensa de la revolución se presentaba inseparable del logro de nuevas reivindicaciones. Cuando las masas ingresaron al período de momentánea depresión, se registró un aflojamiento en el funcionamiento de las milicias obrero campesinas, punto de partida de su posterior degeneración, de su movimientización y de su total destrucción futura. Las milicias no pueden mantenerse independientes al desarrollo y vicisitudes de la politización de las masas. Las milicias fuertes se convirtieron, así en uno de los elementos que plantearon la posibilidad de la conquista del poder por los explotados. Más tarde, cuando se produzca la victoria de los explotados se transformarán en pilares del futuro ejército proletario, elemento indispensable para la defensa de la revolución.

No bien el gobierno movimientista pudo emanciparse de la presión y control directo de los explotados, atrevidamente se orientó hacia la derecha y hacia posiciones inconfundiblemente pro-imperialistas. Entonces se pudo constatar que las presiones foráneas se transformaban rápidamente en leyes y actos del gobierno criollo, lo que importaba pasos decididamente antipopulares y antinacionales. Fue de esa naturaleza la re-

organización del ejército: imposición de los Estados Unidos para que sirviese de factor de control decisivo del amenazante proletariado. Simultáneamente, se procedió a desarmar a las milicias, es decir, a destruirlas físicamente, a eliminarlas del escenario, no a asimilarlas en el seno de las nuevas fuerzas armadas, que a los dirigentes movimientistas se les antojaban democráticas y expresión de los intereses de las masas, sino simplemente por algún tiempo campearon las milicias mercenarias al servicio del oficialismo y que actuaron como fuerza represiva de los sindicatos.

Se tiene que comprender que no puede concebirse la coexistencia pacífica del ejército al servicio de la reacción interna e internacional y de las milicias obrero-campesinas, a través de choques y fricciones uno de ellos tiene que imponerse, lo que supone la victoria de la revolución o de la contrarrevolución. Las fuerzas armadas expresan descarriada y brutalmente la evolución común a los movimientos nacionalistas de los países atrasados: pueden usar consignas pretendidamente antiimperialistas. Y que tengan relación con los intereses populares e inclusive abusar de ellas, pero concluyen invariablemente postradas ante el imperialismo y reaccionan contra las fuerzas revolucionarias del interior del país. La orientación pro-yanqui y contra-revolucionaria se ha dado en el ejército boliviano en toda su nitidez debido a que ha sido organizado, financiado y entrenado por el imperialismo. Esto si consideramos que el ejército está definido, en lo que se refiere a la política que desarrolla y a su fisonomía oficial, por su alta jerarquía. Como quiera que es producto de la clase dominante, refleja las contradicciones internas de ésta y pueden generarse en su seno tendencias nacionalistas que opongan resistencia a la presión imperialista y a la orientación seguida por los mandos tradicionales; sin embargo, estas corrientes rebeldes no podrán, llevar su "antiimperialismo" hasta las últimas consecuencias, es decir, hasta confundirse con las postulaciones proletarias, y, tarde o temprano tendrán que concluir postradas ante el enemigo foráneo.

El proceso iniciado el 9 de abril ha agotado todas las posibilidades liberadoras de las fuerzas armadas y en esta medida el proletariado ha madurado políticamente al haber superado las ilusiones que frecuentemente nacen acerca del antiimperialismo, del obrerismo y de la viabilidad de los planes castrenses de desarrollo del país dentro de los moldes capitalistas. El sector más osado e izquierdista (izquierdista con referencia al resto de la entidad castrense) de las fuerzas armadas no va más allá que la izquierda del nacionalismo burgués o pequeño-burgués, puede diferenciarse de éste únicamente por el uso de particulares métodos de gobierno. Pese a esta realidad, que emerge del análisis de los acontecimientos, los sectores militares se mueven animados de la certeza de que se encuentran por encima de la sociedad y de sus luchas.

Los gobiernos nacionalistas de los países atrasados, particularmente los castrenses, tienden a devenir bonapartistas, oscilantes entre el imperialismo y la burguesía nacional y el proletariado indígena. No se trata de una abstracción (muchos "marxistas" se limitan a invocar este bonapartismo para ahorrarse el trabajo de analizar una situación política concreta). El bonapartismo de los nacionalistas no busca otra cosa que forjar autoritariamente una sociedad burguesa próspera, ésta es su estrategia y ésta su limitación, y así se encamina hacia la capitulación frente al enemigo imperialista. En determinadas circunstancias, puede exclusivamente apoyarse en las fuerzas armadas y en la burguesía criolla, entonces inaugura un régimen de corte policial. Generalmente, precisa el respaldo de la clase obrera, puede organizarla (eso hizo Villarroel) y movilizarla, para así poder resistir mejor la presión imperialista e incluso lograr estabilidad política interna. De todos modos, los nacionalistas, con la careta bonapartista o no, se empeñan seriamente en mantener controladas a las masas, en evitar que sigan su propio camino y se desborden de los límites fijados por el gobierno.

El tiempo y la amplitud del movimiento oscilatorio, propio del bonapartismo, al que puede someterse la burguesía nacional depende de su fortaleza económica, de la que parten sus posibilidades políticas, de la belicosidad y politización del proletariado e inclusive de las coyunturas internacionales mas o menos favorables. El gobierno Villarroel mostró rasgos bonapartistas a lo largo de toda su existencia. El centrismo pazensorista (centrismo dentro del MNR, ciertamente) se puede decir que fue bonapartista en los primeros momentos, por breve tiempo, reflejando así el impetuoso empuje de las masas, pero bien pronto se inclinó atrevidamente hacia las posiciones proimperialistas.

Análisis de la narrativa histórica-política

Partamos de lo siguiente: la narrativa es un recurso, por así decirlo, de construcción de sentido. No se trata,

por cierto, de un significado particular, relacionado a una palabra o algún concepto, sino de sentido en su alcance total. Se puede quizás hablar de la estructura y composición del sentido construido por la narración. Se atribuye sentido no sólo a una secuencia de eventos, sino, incluso, a un conjunto de secuencias entrelazadas; mucho más aún, a un bloque de campos de secuencias yuxtapuestas. La narrativa selecciona eventos, acaecimientos, hechos, nudos de secuencias, colección de hechos, vinculaciones entre distintos planos, usando estos recortes como escenarios y actos de la trama. El sentido entonces es la trama, el entramado, el tejido de acaecimientos.

Ahora bien, la pregunta es la siguiente: ¿Esta trama es la que efectivamente ha ocurrido o es tan sólo la interpretación efectuada por el/la narradora, los/las narradoras? Las respuestas son, por lo menos, tres: Una, que la trama es imaginaria, en tanto que lo que acontece responde a una complejidad incontrolable e ininteligible; dos, que, entre la narración y los hechos, sucesos, eventos, secuencias, planos de “realidad”, existe una intersección, sin dejarse de afectar mutuamente; tres, que la narrativa forma parte de la “realidad” misma, de la complejidad misma, incidiendo en su decurso. Sin embargo, a estas tres respuestas posibles, hay que añadir una cuarta, la que dan comúnmente los que consideran que su narración es la verdad de la “realidad”. Esta cuarta respuesta descarta taxativamente a las otras tres posibles, pues considera que las otras respuestas no sólo no son posibles, sino que responden a un error “ideológico”.

No nos interesa considerar esta cuarta respuesta, no sólo por sus limitantes epistemológicas, sino porque precisamente esta apreciación de la propia narrativa es la que es nuestro “objeto” de crítica, además de “objeto” de estudio, usando términos metodológicos. Lo que nos interesa es comprender la “lógica” de esta narrativa verdadera, cómo reduce el mundo a su representación teleológica, de qué manera usa su narrativa para imprimir legitimidad a sus acciones, que buscan incidir en la transformación del mundo. En esta perspectiva, haremos aproximaciones hipotéticas al análisis de esta forma de narrativa, que llamamos histórica-política.

En su alcance general, las narrativas históricas-políticas son dispositivos de acción política, forman parte de las acciones políticas. Desde esta perspectiva, desde ya la discusión no puede centrarse en si estas narrativas reflejan, expresan o interpretan adecuadamente la “realidad”, pues éste no es el interés mayúsculo de estos dispositivos narrativos, sino si ayudan, coadyuvan, colaboran en la estrategia de incidencia, de intervención, de transformación de la “realidad”. Aunque lo primero, la necesidad de contar con una adecuada comprensión y conocimiento, siempre redundando en lo segundo, permite una mayor incidencia, otorgándole un mayor alcance. De todas maneras, la importancia de las narrativas histórico-políticas radica en su efecto en las acciones sociales.

Ahora bien, a esta altura, debemos anotar un problema. “Racionalmente” se espera que cuando determinada narrativa-política no logra los efectos esperados en la convocatoria a las acciones colectivas, o no logra incidir, como proyecta, en la “realidad”, se deseche tal narrativa o se la corrija, para contar con un dispositivo narrativo más apropiado en la acción política. Sin embargo, lo sorprendente es que esto no ocurre. Hay como un apego “irracional” a mantener la narrativa contrastada por la “realidad”. ¿Por qué ocurre esto, cuando, precisamente, el objetivo es político, es la transformación de la sociedad? ¿Por qué se persiste en una narrativa contrastada por los decursos tomados efectivamente por eventos? Teniendo en cuenta esta insólita conducta debemos entonces considerar la hipótesis interpretativa de que la narrativa histórica-política se convierte en el sentido supremo para los narradores políticos. En este caso, ya no se trata de transformar el mundo, sino de darle al mundo sin sentido un sentido, que es el que contiene la narración en cuestión. De lo que se trata es de imponer un sentido al caos, al desorden, al marasmo de los hechos. Con lo que la narrativa histórica-política deja de ser un dispositivo político para la acción y se convierte en un dispositivo moral para educar a los mortales. Cuando la narrativa histórica-política sufre estas modificaciones es cuando se asemeja a las narrativas religiosas.

Por cierto, no ocurre esta transvaloración con todas las narrativas históricas-políticas; paradójicamente, son las narrativas más fuertes, que han tenido, en un principio, relativo éxito, incidiendo en los sucesos y eventos políticos, las que terminan ancladas en su propio discurso, dejando a un lado la reflexión, el análisis y, sobre todo, la crítica. Es cuando los referentes históricos de esta etapa dorada de la “revolución” se convierten en

los fines de lo que debe suceder en otros escenarios geográficos, políticos y sociales. Los narradores histórico-políticos no solo quedan atrapados en las redes de la propia narración, sino seducidos por una forma de “memoria”, de remembranza, que convierte en ejemplo lo acontecido. Ambos adormecimientos, por así decirlo, terminan afectando a la acción política, desencadenando errores de intervención que conducen al proyecto político al fracaso.

Nuevamente, ¿por qué ocurre esto? Otra hipótesis interpretativa: La historia no se repite; cada evento, cada suceso, cada acontecimiento, es singular. Si la narrativa histórica-política en uso tuvo efectos trascendentes en cierta experiencia social y política, esto no quiere decir que tenga los mismos efectos en otro contexto, en otra experiencia social y política. La obligación del activista es reconocer la singularidad del contexto donde está inserto, comprender la mecánica histórico-social de las fuerzas involucradas, y elaborar o relaborar una narrativa como dispositivo político apropiado a las condiciones históricas, políticas, sociales y culturales que gravitan en el contexto donde actúa. Sin embargo, esto no ocurre, pues, generalmente el activista considera a la narrativa histórica-política heredada como verdad transmitida. Entonces, no se puede renunciar a la verdad, sino que se deben identificar los desaciertos de conducción, denunciar las incomprensiones y condenar las traiciones. Los “revolucionarios”, hablo de los y las consecuentes, los y las que merecen este nombre, se convierten en titánicos sujetos empeñados en una imposible tarea de moralización.

El problema está en la trama o las tramas, no sólo de las narrativas históricas-políticas, sino en todas las narrativas. Las narrativas construyen sentidos duraderos, ayudan a interpretar el mundo en devenir, permiten fortalecer las voluntades, las que se proponen fines; empero, estos fines no son fines trascendentales, sino fines de las voluntades, fines prácticos, adecuados a las necesidades, demandas, requerimientos humanos. Estos fines son fines operativos; el problema es cuando se convierten en fines trascendentales, como si el fin estuviera contenido en la “realidad” misma, en la historia misma. Esta transferencia de la voluntad humana al mundo a la naturaleza, al cosmos, empuja a caer en el espejismo antropomórfico, se encuentra en todo el perfil humano; se encuentra en todo el perfil de las intenciones humanas.

Las tramas, los entramados inherentes a las narrativas, tan útiles para la sobrevivencia humana, también pueden convertirse en redes que atrapan a los humanos, dependiendo de las circunstancias y de su uso, sobre todo de la institucionalización de las narrativas. Cuando el mundo, imaginariamente, se convierte en trama, no es que el mundo en devenir queda detenido, pues sigue sus decursos; los y las que quedan detenidas en el devenir del mundo son los y las narradoras seducidas por sus propias tramas. Por cierto, estos anclajes en la trama no perduran, pues la invención humana no deja de inventar nuevas narrativas, más adecuadas a la complejidad. Las narrativas que quedaron en el camino se convierten en piezas de museo o, en el mejor de los casos son parte de las memorias sociales, las que se retoman para comprender históricamente el pasado. Mucho más aún, las narrativas estéticas forman parte del despliegue humano, en la forma de la potencia social realizada. Las narrativas estéticas se renuevan en su propia plasticidad. Las narrativas científicas se estudian, comprendiendo las distancias que las separa de las ciencias contemporáneas; pero, también, comprendiendo los hitos que marcaron en el logro y realización del conocimiento.

Las narrativas histórico-políticas no son estéticas ni científicas. Son herramientas discursivas de convocatoria, son voluntades plasmadas en la interpretación de las luchas y los enfrentamientos, son fuegos iluminadores que develan los engranajes de las opresiones y dominaciones. Responden a formas de saber colectivos, a intuiciones subversivas, que pueden adquirir la forma de discursos elaborados, de explicaciones labradas. Forman parte de la historia de las emancipaciones y liberaciones. Esta es la parte candente y de apertura de estas narrativas. Las narrativas histórico-políticas, al no contener las cualidades plásticas de las narrativas estéticas, no pueden renovarse como despliegue de la creatividad humana; al no contener las cualidades cognitivas de las narrativas científicas, no pueden fijarse como hitos en los recorridos del conocimiento humano. Las narrativas histórico-políticas no se despliegan en ciclos de larga duración, duran menos, se inmolan apasionadamente en los acontecimientos políticos que han generado. Su valor profundo se encuentra en esas singularidades, quizás, incluso en la irradiación de sus entornos espaciales y temporales. Pretender convertirlos en universales, con capacidad de generalización; peor aún, en ley material, es como darles vida más allá de la muerte, una vez que se inmolaron en el acto heroico. Los que hacen esto son taxidermistas.

¿Es que no hay nada que quede de estas narrativas histórico-políticas? ¿No como dispositivos políticos para la acción, sino como conocimientos de un acontecimiento singular, que permiten el análisis comparativo de contextos y de situaciones, de temporalidades, ritmos y periodicidades, de estructuras e instituciones? Estos conocimientos sólo tendrán valor y serán útiles en la medida en que se re-articulan en otras nuevas narraciones históricas-políticas, las contemporáneas y las actuales. Estos conocimientos heredados son actualizados en las nuevas narraciones históricas-políticas de las nuevas generaciones de luchas sociales. Si estos conocimientos no son actualizados en las nuevas narraciones históricas-políticas, si son, mas bien, encapsulados por las narraciones preservadas más allá de la muerte, quedarán detenidos en un círculo vicioso repetitivo.

¿Por qué hablar entonces de genealogía del poder y genealogía política?

La genealogía del poder se refiere a diagramas, a cartografías, a mapas de fuerzas, a inscripciones en los cuerpos; en este sentido, la genealogía del poder tiene que ver más con estructuras de larga y mediana duración que con estructuras coyunturales o periódicas. La genealogía política, en todo caso, se remite a campos, a formas de Estado, a estructuras políticas, por lo menos, de mediana duración. En cambio, los discursos histórico-políticos y las narrativas históricas-políticas tienden a desenvolverse, más bien, en ciclos de mediana duración o cortos. Cuando se dice que la concepción histórica-política de la guerra de razas tiene su génesis en la concepción de la lucha de clases, se recogen las mutaciones y transformaciones del discurso histórico-político en su propia discontinuidad; es decir, en sus propios desplazamientos discursivos, aunque no necesariamente de la trama. La trama puede mantenerse como formato, como modelo, si se quiere; lo que cambian son los personajes, los escenarios, incluso los discursos; empero, se repite el ciclo dramático de la contradicción y del desenlace esperado.

No hay que olvidar que la política, en el sentido formal, pero también imaginario, al final de cuentas, en la versión bolchevique y en la versión de Carl Schmitt, en la versión del Estado y en la versión de los proyectos emancipatorios, que se circunscriben en el horizonte del Estado, sin cruzarlo, se conforma y estructura con base en la definición del enemigo, en la separación clasificatoria amigo-enemigo. La trama de las narrativas históricas-políticas se inspira en el mismo paradigma dicotómico. Por eso, las formaciones discursivas y las formaciones narrativas históricas-políticas tienden a repetir este esquematismo; aunque algunas narrativas aparezcan más elaboradas y más sutiles.

En resumen, lo que es sugerente de esta hermenéutica histórica-política son, por lo menos, tres aspectos; uno, su corta o mediana duración; dos, sus transformaciones o, en contraste, su estancamiento anclado; tres, su trama del enfrentamiento y el desenlace emancipatorio.

De las secuencias narrativas seleccionadas, como ejemplo, de los recortes de narraciones efectuados y escogidos, vemos que:

La secuencia 1 parte de la impresión de un pueblo en permanente insurrección; por eso, expresa que se suceden sucesivas insurrecciones.

La secuencia 2 se atiene a la descripción somera de los hechos, a partir de la cual busca encontrar la explicación de los sucesos, sobre todo de su encadenamiento, en el eslabonamiento de los eventos. La explicación no viene a ser otra cosa que un recuento, ordenado según la selección de lo importante, dejando de lado lo contingente.

La secuencia 3 construye la explicación no a partir de la descripción, aunque la tome en cuenta, sino a partir de una mirada teleológica. Parte de la teoría de lucha de clases, retoma las tesis de la revolución permanente, define las clases y sus roles en la historia, centra el conjunto de antítesis en la contradicción nuclear entre proletariado y burguesía; aunque la burguesía tenga características de una minoría, más bien ligada al capitalismo internacional, sustituida por una pequeño-burguesía pretendidamente radical en la palabra y condescendiente en los hechos con el imperialismo. Por eso, la revolución nacional, hecha por trabajadores mineros, obreros y campesinos, está condenada al fracaso, si no se convierte en revolución socialista y está conducida por el proletariado. Como se puede ver, la explicación es antelada, ya estaba dada antes de la narración; lo que hacen los hechos es corroborar la acertada tesis y la teoría verdadera. Se entiende entonces

el poco interés en detenerse en los hechos, en analizarlos, en evaluar las diferencias que plantean respecto a la tesis y la teoría.

La secuencia 4 podría decirse, en principio, sólo tomando la forma, que se parece o equivale a la secuencia 3; sin embargo, hay una diferencia notoria: se detiene en los hechos, se preocupa por analizarlos, y, aunque no sea su principal premura el evaluar las diferencias que plantean respecto de la tesis y la teoría, termina haciéndolo, debido a su esmero en la descripción de los hechos y buscar sus conexiones. Esta narración es hecha por un historiador, de la misma manera que la segunda es hecha por una historiadora o una cientista social, que usa los métodos de la investigación historiográfica. La diferencia entre la secuencia 2 y la secuencia 4 no radica solamente en que la última toma claramente partido, sino en el alcance de la explicación. Se esté de acuerdo o no con el carácter y la estructura de la explicación, con la teleología inherente, lo sugere es que la explicación se construye tomando en cuenta los hechos y su análisis, evaluando las diferencias y las analogías con otras experiencias históricas revolucionarias. En este caso, no interesa tanto discutir las conclusiones, tampoco el estilo de explicación, sobre todo la teleología inherente, sino apreciar críticamente el análisis de la conexión de los hechos, de los sucesos, de los eventos, en sus propias sucesiones. Es una narración que corresponde a una investigación histórica, cuya explicación tiene en cuenta, por lo menos, una aproximación, a lo que llamamos la mecánica histórica-social.

Alguien podría llamar la atención sobre el lenguaje; se trata de un lenguaje militante. Empero, tal lenguaje no le quita rigor “científico”, que radica en la investigación de las fuentes, registros, hemerotecas, bibliotecas, además de contar, en este caso, con la experiencia directa. También se encuentra en la explicación, que, aunque pueda no compartirse, es efectuada a partir de los hechos, los sucesos, los eventos, sus conexiones, tomando en cuenta el apoyo teórico optado. En todo caso, se puede discutir la explicación, sus conclusiones, es decir, su interpretación; sin embargo, no se puede olvidar que se trata de una narrativa histórica, efectuada con procedimientos investigativos y de análisis de esta ciencia o saber, la historia.

Las hipótesis de trabajo –no las hipótesis teóricas, sino las hipótesis que tienen que ver con la conexión y sucesión de hechos– hacen consideraciones que coadyuvan a construir el cuadro particular de la explicación. Una de ellas es la que toma en cuenta el papel del PIR, partido marxista, al que el autor le reconoce incidencia en el proletariado boliviano, que incluso tuvo la oportunidad de conducirlo hacia la revolución; sin embargo, por su concepción “etapista”, por la caracterización del gobierno de Villarroel como nazi-fascista y aliado político de la burguesía, conformando el frente amplio antifascista propugnado por los partidos comunistas, en ese entonces, el PIR termina en una alianza con la odiada “rosca minero-feudal”, dándole contenido social al colgamiento de Villarroel. Este comienzo de la narración es importante en la explicación que construye, para dar cuenta del fortalecimiento del MNR.

Otro dato que toman en cuenta las hipótesis de trabajo es la victoria electoral del MNR en 1951. Hecho que muestra, por lo menos, la convocatoria electoral del MNR, además de explicar por qué los insurrectos victoriosos del 9 de abril veían la secuencia natural de la entrega del poder al MNR, después de haber vencido al ejército. Estos dos datos, el comportamiento político del PIR y la victoria electoral del MNR, con la consecuente incidencia en la comprensión política y coyuntural de la mayoría de los insurrectos, colocan a la narración en los escenarios históricos concretos, sin hacer abstracción de ellos, como en el caso de la secuencia 3. La cuestión está en cómo se llega, a partir de esta puesta en escena, de esta consideración inicial de la trama narrativa, a la explicación teleológica y a las conclusiones políticas taxativas.

El autor reconoce que el MNR se inclina a un radicalismo, aunque sea demagógico, aprovecha el escamoteo y desconocimiento de su victoria electoral, convoca, organiza y conspira, según el autor, de una manera “blanquista”. Se propone efectuar un golpe de Estado detonando la acción de grupos armados, que dan la señal a los carabineros y militares involucrados. Empero, el ejército reacciona y está a punto de derrotar a estos grupos armados y al golpe de Estado; es cuando la convocatoria al pueblo, la decisión de las organizaciones sociales, los sindicatos mineros y fabriles, su participación decidida en la lucha, sus tomas geográficas, terminan invirtiendo la balanza de la lucha armada. Las masas en las calles terminan convirtiendo el golpe fracasado en una revolución. Esta mecánica social, política y de lucha armada, insurreccional, es más que sugere, pues muestra la diferencia entre un hecho político, en sentido restringido, y una sumatoria de he-

chos encaminados al evento político-social, en sentido amplio; la diferencia entre un procedimiento grupal, incluso partidario, el de la conspiración y el golpe de Estado, y los procedimientos proliferantes, desbordantes de las multitudes, del pueblo insurrecto, del proletariado. La intervención y la acción multitudinaria de estos últimos terminan desencadenando el acontecimiento de la revolución.

La discusión política se concentra en este suceso mayúsculo. ¿Qué alcance tiene? ¿Cuáles son sus consecuencias? ¿Tiene o no posibilidades de prolongarse a una revolución socialista? Conocemos las apreciaciones, interpretaciones y conclusiones del autor. No se trata de discutir con ellas, de estar o no en desacuerdo con esta narración histórica, sino de discutir y evaluar a fondo si existía esta posibilidad, con qué potencia y de qué manera. No se trata ya de una discusión "ideológica"; está ya la conocemos, incluso los límites impuestos por su incomunicación, por su atrincheramiento en pre-juicios. Se trata de una discusión histórica, si se quiere, de una discusión histórica-política; lo que implica investigar minuciosamente lo acaecido. El autor, en la medida en que se mueve en las tesis de la revolución permanente y en la teoría de la lucha de clases, es consecuente con las tesis y la teoría; sus conclusiones son una deducción de éstas. Es ocioso discutir si se trata de una revolución por etapas o de una revolución permanente, como si se tratara de principios. Esta es una discusión abstracta y dogmática. El debate está en otro lugar, en el análisis de las posibilidades inherentes, de las fuerzas en juego, de su potencia y alcance; también en el análisis de los contextos locales, nacionales, regionales y mundiales.

En el presente ensayo no podemos adentrarnos a este análisis minucioso de las posibilidades inherentes y de las fuerzas en juego, en ese entonces; además se requiere de una investigación histórica previa para hacerlo. Lo que podemos hacer es proponer ciertos recorridos para abordar estos tópicos problemáticos, polémicos y, a la vez, iluminadores.

TERCERA PARTE

ANÁLISIS DEL PRESENTE DESDE UNA MIRADA MACROHISTÓRICA

Crítica de la crítica. A propósito de la crítica de la economía política

En un mundo cada vez más globalizado; mundializado desde la conquista de Tenochtitlán, cuando se pone el cimiento de la modernidad, tal como la conocemos ahora, como sistema mundo capitalista, los problemas, las problemáticas, los temas y las temáticas, los que acucian a los pueblos, las crisis, compartidas ciertamente en circunstancias históricas singulares, coyunturales y contextuales, dependiendo de la localidad, de la nación, es decir, de la geografía política nacional, de la región, pero también, obviamente, de la coyuntura; todas estas diferenciales hablan también de sus analogías y diferencias, de contenido de forma de expresión y, obviamente, de la composición de los planos de intensidad, que hacen a una realidad concreta.

Tomando en cuenta lo que acabamos de decir, es indispensable entender qué es lo que le ocurre a una parte del mundo, mucho más si se trata de un lugar específico del planeta, es decir, de un nicho ecológico. Lo que le pasa a un nicho ecológico, a una parte del planeta y a una parte del mundo, nos afecta a todos de manera planetaria. A todos nos irradian los efectos de esa crisis y de esa problemática en cuestión. Es así que tenemos que comprender que lo que sucede en Kurdistán, es decir, en los distintos fragmentos espacio-temporales y recortes geográficos que están repartidos en distintas geografías políticas; esa referencia territorial y cultural que llamamos Kurdistán, que conserva la lengua, que conserva la cultura, lo que significa conservar la memoria, es un proyecto no estatal de sociedad, un proyecto comunitario no estatal, de integración no estatal, que pasa por la revolución de las mujeres, por matar al hombre. De lo que se trata aquí es construir una democracia plena, que llaman confederalismo democrático. Este proyecto emancipatorio convoca a ser un proyecto nuestro, también un proyecto global, compartido diferencialmente por todos los pueblos.

Vivimos en el mismo mundo, en el mismo planeta, compartiendo una misma coyuntura en crisis, la crisis múltiple de la civilización moderna, crisis múltiple del Estado y crisis múltiple ecológica, que amenaza la sobrevivencia de la humanidad. Vivimos un momento de convergencia de las crisis y de los desenlaces del sistema mundo capitalista, de la crisis de la civilización moderna, que es la civilización de la muerte. En esta convergencia abrumadora del mundo efectivo requerimos de una evaluación crítica de lo ocurrido en historia

de la modernidad, en las historias singulares de la modernidad, en las historias políticas de la modernidad, pero también en las historias económicas, sociales y culturales de la modernidad, comprendiendo sus distintas singularidades, sus distintos recorridos singulares y específicos. Esta evaluación crítica alumbró los recorridos que nos han llevado a la situación calamitosa de la crisis múltiple del Estado, así como a la situación contextual de exterminio generalizado, dados en pleno crepúsculo de la modernidad. Esta crisis múltiple tiene que ver con los nacimientos de las genealogías del poder, es decir, de las genealogías de las dominaciones, que tienen en común una forma destructiva incubada, que corresponde a los nacimientos del patriarcalismo; en otras palabras, a la usurpación, por parte de las fraternidades masculinas, por parte de las coaliciones de machos. Usurpación de la administración de los bienes comunes, dirigida por las mujeres.

Se trata del comienzo de una macro historia de las civilizaciones, asentadas sobre ciudades metropolitanas, que se convierten, después, en imperios; posteriormente, sufren una metamorfosis en el desenvolvimiento de su crisis de irradiación, transformándose en el modo de producción capitalista. Por lo tanto, también en modo de distribución y de consumo capitalista. Asistimos pues a la experiencia compartida de un sistema mundo en crisis. Es esto lo importante, que compartamos no solamente el momento, la coyuntura, sino que compartamos a partir precisamente de nuestras diferencias. Este compartir las diferencias nos permite descifrar las codificaciones de la problemática, desde distintas perspectivas, desde las distintas historias específicas, singulares y concretas. Lo que enriquece, posibilita y potencia la comprensión de la coyuntura de la crisis ecológica y de la crisis del sistema mundo capitalista, la crisis de la civilización moderna.

La crítica de la economía política se basa en la crítica de la diferenciación, de la separación, entre valor abstracto y valor concreto, entre valor de cambio y valor, aludiendo a que esta diferenciación y esa separación deriva en la valorización de lo abstracto y en la desvalorización de lo concreto. Valorización del valor de cambio y desvalorización del valor de uso, sobre todo de la fuerza de trabajo, es decir, de la capacidad de valorización de la fuerza de trabajo en el ámbito de la producción. Sin embargo, como hemos dicho antes, la crítica de la economía política no sale de la teoría del valor, no abandona este horizonte abstracto. Vuelve a caer en lo que critica, en la valorización abstracta, en vez de concentrarse en las condiciones de posibilidad existenciales, histórico-políticas-culturales de lo que llama a fuerza de trabajo, que, en realidad, es el cuerpo, es decir, la capacidad corporal, la potencia corporal vital. Capacidad vital que contiene múltiples posibilidades de fenomenologías corporales, entre ellas, la fenomenología de la percepción.

En consecuencia, la crítica de la economía política se queda a mitad del camino, no sólo por lo que dijimos antes, porque no completa la crítica de la economía política en el contexto de la crítica de la economía política generalizada; sin entender que no se trata solamente de la economía política restringida al ámbito económico, que es un recorte abstracto analítico. Sino porque, en todo caso, se trata de los distintos ámbitos de la economía política generalizada; la economía política religiosa, que separa alma de cuerpo, valorizando el alma y desvalorizando el cuerpo; la economía política de género, que separa hombre de mujer, valorizando al hombre y desvalorizando a la mujer; la economía política del Estado, que separa el Estado de la sociedad, valorizando la sociedad política, que es el Estado, desvalorizando la sociedad plural, de donde ha emergido el Estado. En otro contexto más amplio y de mayor alcance teórico, economía política del poder, que separa poder de potencia, valorizando el poder abstracto, la máquina abstracta de poder, desvalorizando la potencia, que es de lo que se apropia el poder, las máquinas de captura del poder.

Es menester revisar la teoría del valor y la crítica de la teoría del valor, la crítica de la economía política, no sólo por lo que acabamos de anotar, sino también por que es indispensable empezar a preguntarse si es posible sostener una economía política y la crítica de la economía política, inclusive en su condición generalizada. Teniendo en cuenta la historia efectiva, de la que vamos a hablar, que tiene que ver con la colonización generalizada, la conquista colonial generalizada, y tiene como uno de sus núcleos fundamentales la esclavización generalizada, sobre todo la esclavización del África subsahariana, en el contexto mismo de la conformación del sistema mundo capitalista, no parece sostenible la teoría del valor y la crítica de la teoría del valor, la crítica de la economía política.

De partida, teniendo en cuenta esta conformación del sistema mundo moderno, este nacimiento de la modernidad, que se da en la matriz colonial, en pleno sustrato de la conquista, del colonialismo y de la esclavi

zación, podemos comprender que lo que instaura, constituye, conforma, construye y estructura el sistema mundo capitalista es la dominación de los cuerpos, de los territorios y de los bienes comunes. Primero, es la dominación y después el procedimiento mecánico y técnico, pero también ideológico, de la separación de lo abstracto respecto de lo concreto. En el nacimiento de la modernidad, este procedimiento mecánico tiene que ver con la colonización generalizada del quinto continente, Abya Ayala, y con la esclavización del África subsahariana. Entonces la dominación se da en esos términos, en los términos de conquista, de guerras de conquista extendidas a todo el continente, y, por tanto, de oleadas de conquista, que implican oleadas de colonización.

He aquí el acontecimiento colonial; tenemos la constante y dilatada conquista y colonización del África, dada por oleadas, partiendo de los bordes de las orillas, de los puertos negreros, que pueden considerarse cabezas de playa, que van a servir de dispositivos operativos y administrativos intermediarios de los tráficos de cuerpos, de los tráficos de esclavos. Suponen ya la genealogía de la esclavización, genealogía compleja de poder, que acaece con diferentes nacimientos, desde antes de la modernidad, en relación con el norte del África, región del desierto y de predominante religión musulmana; empero, en este caso se da de manera circunscrita, no de una manera desbordante y descomunal, además generalizada, como en el caso del nacimiento de la modernidad. La esclavización generalizada del África subsahariana concurre desde la costa, afectando al interior del continente a través de meditaciones e intermediaciones, provocando efectos devastadores, desatando cadenas de esclavización e itinerarios dramáticos de poblaciones esclavas. Así, los flujos de esclavos arrancan del interior hacia la costa, comprometiendo a reinos, autoridades africanas y dispositivos intermediarios, por un lado, y por otro, a compañías esclavistas, “negreras”, conformadas a través de acciones. Impresionantes máquinas de despojamiento, desposesión y esclavización; compañías esclavistas que van a dirigir, administrar y modificar la genealogía de la esclavización, todo el tráfico de esclavos, su comercialización y su demoledora explotación en el continente rebautizado como América.

En la conformación de estas compañías esclavistas están comprometidos los estados europeos, particularmente los estados coloniales. Después de la conquista del continente de Abya Yala, en pleno nacimiento del sistema mundo capitalista, se van a requerir de contingentes de poblaciones de cuerpos humanos, usados como “fuerza de trabajo”, pero “fuerza de trabajo” esclava, no renumerada, no asalariada, no reconocida como tal; despojada de sus derechos, a pesar de la declaración de los “derechos del hombre” de la revolución francesa. Población reducida a la condición de objeto, no reconocida como humana, no incorporada a la humanidad, a pesar de haberse dado el renacimiento. Esclavos reducidos a condición de objetos. Empero, lo que acaece va más allá. Los objetos se suponen inanimados, mientras los cuerpos son vitales. En consecuencia, se captura la vida, para que sea usada en los procesos desatados de la acumulación originaria de capital y, después, en la reproducción ampliada de capital. Se puede entender la modernidad en el sentido de la explotación inicial del “modo de producción capitalista”; se trata de la instalación misma de los cimientos del sistema mundo capitalista, de la economía mundo. La esclavización generalizada es el núcleo inaugural del sistema mundo moderno, su piedra fundamental. Los cimientos de la civilización moderna consisten en la colonización y en la esclavización.

Como inmediata consecuencia teórica, epistemológica si se quiere, tenemos la obligación de revisar las bases conceptuales mismas de la teoría valor y de la crítica de la teoría del valor; es decir, revisar las bases mismas de la crítica de la economía política. La separación entre el valor abstracto y el valor concreto no puede darse sin que anteceda el control mismo de los dispositivos de esta separación, de los mecanismos de esta separación, de los procedimientos de esta separación, que son mecanismos y procedimientos institucionales. Estructuras de poder. Por lo tanto, lo que tenemos no es exactamente una economía política, sino una genealogía de las dominaciones, dinamizadas y efectuadas por máquinas concretas de poder, respecto a cuerpos, territorios y bienes comunes. Tenemos, por un lado, cuerpos, territorios y bienes comunes, y por otro, dispositivos de dominación.

Las preguntas son: ¿Cómo se dan estos dispositivos de dominación? ¿En qué momento se dan, considerando las múltiples historias desplegadas de la humanidad? Al respecto, contamos con una hipótesis interpretativa, que tiene que ver con los orígenes del patriarcalismo, hipótesis que ya hemos mencionado en otros ensayos. Suponiendo que sea así, lo que importa ahora, en este contexto histórico, relativo a la formación de las ciu-

dades, en principio pequeñas, circunscritas, que después se vuelven, algunas de ellas, en metrópolis, centros de imperios. Sistemas regionales antiguos, que suponen no sólo estructuras de poder que, en términos concretos, suponen el nacimiento del Estado y, por lo tanto, una jerarquía institucional. Además de estructuras de poder, también suponen la configuración de estructuras “ideológicas”, que aparecen como estructuras religiosas. En la conformación de los imperios se perfilan composiciones jerárquicas y mediaciones trascendentes; por ejemplo, se instituyen mediaciones sacerdotales, así como mediadores de escribas, lo que supone la usurpación de la memoria social. El apoderamiento de la memoria social por parte de intérpretes comedidos de escribas. Quienes transcriben la memoria social de una manera sesgada, inscribiendo el relato de lo que viene a ser la “legitimación” del poder, es decir, la “historia”, en el sentido antiguo. Relato de la “historia” de los reyes, en otras palabras, de la dominación edulcorada, encubierta en el mito y la leyenda. Esta escritura del poder implica, fundamentalmente, la “legitimación” del poder del rey, del déspota, encarnación simbólica del sol, de Dios, que implica la encarnación simbólica del imperio, Asistimos a la conformación proliferante de la institucionalidad, cuya mecánica inherente, que conlleva objetivos y finalidades implícitas, funcionamientos que tienen que ver básicamente con la reproducción del poder y su realización concreta como institucionalidad. También tienen que ver con distintas estratificaciones estructurales, tanto en la administración de las dominaciones, de la administración del poder, así como de la de la “legitimidad”. Estas estratificaciones estructurales redundan y repercuten en la estratificación social, es decir, en la diferenciación social, en lo que el marxismo llama la estructura de clases, atravesada por la lucha de clases.

Estamos asistiendo pues a la realización proliferante de estructuras inherentes a las civilizaciones, que ya suponen la conformación del Estado. La estructuración sofisticada del poder, del ejercicio del poder, de la usurpación, que, a su vez, supone la inscripción de la deuda infinita, uno de los primeros mecanismos de inscripción de la dominación, de las genealogías de las dominaciones polimorfas, del sometimiento y la subordinación de las poblaciones a la figura simbólica del déspota. Subordinación y sometimiento a las estructuras de poder vigentes, en el contexto civilizatorio de que se trate.

Entonces, podemos decir que estas estructuraciones del poder, en distintos planos de intensidad, que brindan consistencia a los espesores de intensidad de las sociedades relativas a las civilizaciones antiguas, después van a repercutir, de una manera actualizada y contemporánea, sobre todo transformada, en la civilización moderna. En el nacimiento de la civilización moderna se dan de una manera diferida, en términos de procesos singulares; se dan como cadenas que se van articulando y conformando como conjuntos de mallas institucionales que atrapan a los cuerpos, a los territorios y a los bienes.

Volviendo a los conceptos de la crítica de la economía política, sobre todo, al concepto que habla de “fuerza de trabajo”, concepto que contiene un inscrito dualismo, a la vez, un dilema ineludible, el establecido entre la diferenciación entre valor de uso y valor de cambio, mostrando su inherente contradicción. Por un lado, se contabiliza a la fuerza de trabajo como valor de cambio, a partir del valor de cambio de las mercancías necesarias para su alimentación y su reproducción social; empero, efectivamente, la fuerza de trabajo se usa, en el proceso producción, como valor de uso. Esta es la dicotomía establecida por Marx y sostenía después por el marxismo. Es una dicotomía primaria, reducida a un esquematismo dualista rutinario y escueto, que no deriva en síntesis. No se termina de explicar la explotación de lo que se llama la fuerza de trabajo, que viene definida como capacidad física, intelectual y psíquica para el trabajo, como si el cuerpo, desde un principio, biológicamente, estuviera destinado al trabajo. Lo que obviamente no es cierto. El cuerpo es vida, es capacidad de vivir, es memoria e inteligencia sensible. El cuerpo corresponde a dinámicas moleculares, a dinámicas atómicas, a las dinámicas corporales de la vida. En tanto cuerpo, es todo una complejidad dinámica, articulada vitalmente. Se mueve en combinaciones complejas, complementariedades y transmisiones, entre los espesores de intensidad del genotipo y los planos de intensidad del fenotipo. Entonces, no debería ser una sorpresa que el cuerpo sea capaz, en primer lugar, de creación; la vida es potencia creativa. En segundo lugar, ciertamente el cuerpo puede dedicarse a actividades específicas, a prácticas, labores, técnicas, a la artesanía, a la alfarería, al arte, como dicen los griegos antiguos, a la *techné*, que es una concepción amplia de arte y de técnica combinadas. Por lo tanto, en determinadas condiciones sociales, en ciertos órdenes de relaciones sociales, el cuerpo puede estar dedicado al trabajo, pero no por esto es esencialmente fuerza de trabajo. Este es un error teórico. Por eso, la dicotomía marxista no resuelve el dilema, porque no termina de resolver el problema de la valorización; que tampoco puede resolverse, en el espacio abstracto de la teoría

del valor o de la crítica de la teoría del valor. Para resolver el problema, es indispensable abandonar los espacios abstractos del análisis económico; esto significa considerar los distintos planos de intensidad y espesores de intensidad, que hacen a las complejidades dinámicas y a las dinámicas complejas de la vida. Volver al cuerpo. No se puede terminar de entender cómo el “modo de producción capitalista” disocia valor de uso y valor abstracto, disociación que no podría darse si no de manera imaginaria, abstracta, de manera ideológica. Aquí radica la crítica más importante de Marx, quizás la crítica primordial de Marx, la crítica del fetichismo de la mercancía, la crítica de la economía como ideología, la crítica que establece que no hay relaciones entre cosas, sino que todas las relaciones objetivas son relaciones sociales. Nosotros podríamos ir más lejos y decir que, en realidad, todas las relaciones son relaciones vitales. Desde este punto de vista, desde esta perspectiva ampliada, desde el enfoque del sustrato vital, podemos resolver el problema; lo que captura el “modo de producción capitalista”, para seguir con el concepto marxista, es la vida. Para seguir todavía, a modo de ilustración, con esa visión historicista, está visión evolutiva marxista, también pasa con otros “modos de producción”, que capturan la vida.

Las sociedades antiguas de la historia de las civilizaciones, en sus procesos de reproducción social, han capturado la vida, han usado la vida capturada, han usado la potencia de la vida en función de determinados objetivos y finalidades. Lo mismo ha vuelto a ocurrir en el “modo de producción capitalista”; la sociedad capitalista, la civilización moderna, ha conformado dispositivos de captura, máquinas heurísticas de tecnologías de poder, instituyendo estructuras de captura de la vida, que sirven en el uso de estas fuerzas para la reproducción de las estructuras de dominación moderna. El secreto del dilema o de la dualidad dialéctica se resuelve saliendo del esquematismo dualista y de la interpretación dialéctica, abriendo otro horizonte epistemológico, el de la perspectiva dinámica de la complejidad. Hablamos de la perspectiva ecológica.

No puede ser una sorpresa que el comienzo de la civilización moderna este plagado de acontecimientos de alcance e irradiación mundial, hechos violentos de ruptura y quiebre, respecto a las ancladas instituciones tradicionales y costumbres de las sociedades antiguas, por así decirlo, no capitalistas; asimismo, respecto a sociedades en transición, precapitalistas. Estas rupturas y desplazamientos se dan en los términos que conocemos en la historia de la modernidad: en su nacimiento, las oleadas de conquista y las oleadas de colonización del quinto continente; posteriormente, acompañadas por la forma de conquista dilatada, de intervención sistemática y de diferida colonización por etapas, sobre todo de esclavización del África subsahariana. Entonces, lo que tenemos en el nacimiento de la civilización moderna, lo que se llama el sistema mundo moderno, o sistema mundo capitalista, es este acontecimiento traumático de colonización y esclavización planetaria. Esta sociedad moderna que emerge destruyendo un mundo, actúa como un conglomerado de máquinas de guerra, de máquinas de captura, un conglomerado de máquinas de poder, que capturan fuerzas vitales, cuerpos, territorios y bienes comunes. La diferencia con otras civilizaciones, si se quiere, con las sociedades antiguas, incluso con los imperios antiguos, es que esta vez se lo hace de manera planetaria, global, mundial; se actúa de manera simultánea sobre distintos cuerpos, territorios y bienes comunes. Si antes las sociedades agrícolas domesticaron el genoma de las plantas, extendieron plantaciones destinadas a la alimentación a mayor escala, que la circunscrita a las aldeas, que combinaron caza, recolección y agricultura a escala doméstica, las sociedades de la civilización moderna, civilización de la valorización abstracta, efectúan domesticaciones generalizadas de los cuerpos, genomas y territorios. ocasionando el desenvolvimiento desmesurado y demoledor del efecto destructivo, sin precedentes, a escalas también gigantescas. Para construir macro-plantaciones de caña, de tabaco, de café, para conformar explotaciones mineras a gran escala, se ha tenido que expandir la irradiación destructiva, así como el alcance mayúsculo de la domesticación de territorios, montañas, subsuelos, cuencas, nichos ecológicos y sus entornos. Estamos ante fabulosas máquinas de captura de mucho más alcance que las máquinas de captura de las sociedades antiguas. Lo que ha aumentado en la sociedad moderna, respecto de las sociedades antiguas, es su capacidad de destrucción, desterritorializando globalmente, conformando el desierto capitalista. En otras palabras, se da lugar a una reutilización, en escala desmesurada, de lo que aconteció en las sociedades antiguas. Las sociedades de la civilización moderna, relativas al “modo de producción capitalista”, desarrollan su industria, y desatan sus revoluciones tecnológicas y científicas, llegando a la llamada revolución cibernética y, hoy en día, a la revolución de la nanotecnología y de la biología molecular. Todos estos procedimientos, todas estas técnicas, todos estos conocimientos, todas estas ciencias son, en definitiva, máquinas de captura de la vida. Máquinas de captura cada vez más minuciosas, más detallistas, más profundas, en la medida que se introducen a las

dinámicas moleculares, a las dinámicas atómicas, incluso destruyen estas dinámicas moleculares y estas dinámicas atómicas, para lograr efectos catastróficos, como los de la bomba nuclear.

Estamos, pues, ante la expansión, intensificación y transformación de las máquinas de captura a escala planetaria. Éste es el desarrollo del “modo de producción capitalista”, el desarrollo de la sociedad capitalista y de la civilización moderna; en definitiva, se trata de capturar la vida, en todas sus dimensiones, planos y espesores de intensidad, para usar su potencia en función de los fines y objetivos abstractos, demoledores, del capitalismo y la modernidad. Todo esto se da en los términos de la mundialización, globalizando las consecuencias culturales, dándose la conformación de un sistema mundo cultural de la banalidad.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El marxismo de guardatojo, el marxismo boliviano, corresponde a una combinación singular y explosiva de rebelión e inteligibilidad del proletariado minero, en un periodo marcado por el proyecto insurreccional. Resistencias y estallidos heroicos del proletariado de los socavones, de los buscadores de vetas minerales y de los constructores de rutas de liberación. La escritura de este marxismo de guardatojo está impresa en la piel curtida en entrañas de las profundidades de la mina, está hendida en los espesores del cuerpo multitudinario del proletariado. La memoria de este marxismo de guardatojo es la invención de rutas de recuperación en la búsqueda del tiempo social sedimentado, de la experiencia social concentrada, la intensa, la constituida como acontecimiento político, en pleno sentido de la palabra, como democracia radial, como suspensión de los mecanismos de dominación. El marxismo de guardatojo es la herencia potente que recogen las nuevas generaciones de las luchas sociales y ecológicas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Oporto Ordóñez, Luis, Guillermo Lora Escobar (1922-2009); intelectual y político profesional.
- ² Prada Alcoreza, Raúl, Paradojas de la revolución Dinámicas moleculares; La Paz 2013-15.
- ³ Justo, Liborio, Bolivia: La revolución derrotada. También, del mismo autor, Estrategia Revolucionaria; Buenos Aires, 1957. Entre otras obras tenemos a Nuestra patria vasalla y Pampas y lanzas.
- ⁴ Popper, Karl, Lógica de la investigación científica. Tecnos; Madrid.
- ⁵ Prada Alcoreza, Raúl, Paradojas de la revolución. Dinámicas moleculares; La Paz 2013-15.
- ⁶ Prada Alcoreza, Raúl, Acontecimiento político. Dinámicas moleculares; La Paz 2013-2015.
- ⁷ *Ibidem*.
- ⁸ Este apartado ha sido publicado en Acontecimiento político. Dinámicas moleculares; La Paz 2013-2015.
- ⁹ Bloch, Marc, Apología para la historia o el oficio del historiador. Edición anotada por Étienne Bloch. Fondo de Cultura Económica. México 2001.
- ¹⁰ *Ibidem*: Pp. 54-57
- ¹¹ *Ibidem*: P. 58.
- ¹² Prada Alcoreza, Raúl, La explosión de la vida. Rincón Ediciones; La Paz 2014. Dinámicas moleculares; La Paz 2014.
- ¹³ Prada Alcoreza, Raúl, Acontecimiento político. Rincón Ediciones; La Paz 2014. Dinámicas moleculares; La Paz 2014.
- ¹⁴ Prada Alcoreza, Raúl, Genealogía del poder. Qhana; La Paz 1992.
- ¹⁵ Cincuentenario de la revolución del 9 de abril de 1952: Así fue la revolución, Volumen 1. [Beatriz](#), [Lupe](#), [Magdalena](#) y Dora Cajías de la Vega, Movimiento Nacionalista Boliviano. Fundación Cultural Huáscar Cajías K., 2002. La Paz.
- ¹⁶ Pla, Alberto, América Latina Siglo XX. Economía, sociedad y revolución, Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1969., pp. 194 y 195.
- ¹⁷ *Ídem*, p. 193
- ¹⁸ Zavaleta Mercado, René, Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971, en América Latina: historia de medio siglo, Siglo XXI, México, 1986, p. 97
- ¹⁹ *Ídem*, pp. 97 y 98
- ²⁰ Pla, Alberto, op. cit., p. 199.

²¹ Zavaleta Mercado, René, op. cit., p. 99

²² Vazeilles, José, La Revolución Boliviana de 1952. Síntesis explicativa sobre la Revolución Boliviana de 1952 para la cátedra Historia Social General, de la Universidad de Buenos Aires. También, del mismo autor: El Presente Histórico y la Historia Universal, Manuel Suárez Editor, Buenos Aires, 2005. <http://es.scribd.com/doc/9199505/La-Revolucion-Boliviana-de-1952>.

²³ Lora, Guillermo, La revolución del 9 de abril de 1952. Masas; La Paz, Bolivia, 1965.